

En brazos de su protector

JOAN HOHL

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Joan Hohl. Todos los derechos reservados.
EN BRAZOS DE SU PROTECTOR, N.º 1750 - octubre 2010
Título original: In the Arms of the Rancher
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2010

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9195-0
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub X Publidisa

Prólogo

Necesitaba un descanso e iba a tomárselo. Hawk McKenna se hallaba bajo los rayos de sol que penetraban en el porche cubierto que recorría todo el ancho de su rancho y con gesto distraído acariciaba la cabeza del perro grande que había a su lado.

Aunque el sol calentaba la atmósfera, se insinuaba un rastro de frío en la brisa de principios de octubre. Le resultaba agradable después del largo, caluroso, duro pero productivo y rentable verano. Sin embargo, sabía que en breve el otoño desaparecería bajo los copos de nieve movidos por los punzantes y duros vientos invernales.

Cuando llegaran las nieves intensas, sabía que el trabajo en el rancho sería tan duro como lo había sido en el verano. Sonrió irónicamente al mirar a su alrededor, al valle en el que se levantaba su rancho, pensando que el trabajo en el invierno implicaba dedos y pies entumecidos hasta la médula. Teniendo en cuenta todo, prefería sudar que helarse.

Pensar en lo que se avecinaba le produjo un escalofrío. Salió del porche al sol menguante y para sus adentros musitó que debía estar haciéndose viejo. Pero como tenía sólo treinta y seis años, no podía ser la edad sino el cansancio. Aparte de un viaje a Durango, la ciudad más próxima al rancho, en busca de provisiones, hacía meses que no salía de la propiedad.

Y en todo ese tiempo tampoco había tenido compañía femenina, aparte de la hija de diecinueve años de su capataz y de la esposa de su vaquero, Ted.

En absoluto lo que tenía en mente cuando pensaba en compañía femenina. La esposa de Ted, Carol, aunque era agradable y bonita, era... bueno, la esposa de Ted. Y la hija de Jack, Brenda, era incluso más bonita pero demasiado joven, y empezaba a convertirse en un incordio.

Un año atrás, aproximadamente, Brenda, quien se había quedado en el rancho todos los veranos desde que Jack había ido a trabajar para él, había empezado a ser algo así como su sombra. Las miradas de reojo y supuestamente sexys que le dedicaba empezaban a crisparlo.

Si era una niña, por el amor del cielo. Pero como no quería herir sus sentimientos, le había soltado indirectas sutiles... en vano. Aparte de continuar con sus miradas íntimas, en momentos incluso había establecido un contacto físico directo al tiempo que hacía que los roces parecieran

fortuitos.

Frustrado, sin saber qué otra cosa hacer aparte de mostrarse brutalmente sincero y decirle que se comportara como una joven de su edad y abandonara los flirteos, se había dirigido a Jack para enfocar dicha conducta. Con el cuidado que tendría si atravesara un campo minado, le había preguntado qué planes tenía Brenda para el futuro.

–Oh, ya conoces a los chicos –había respondido Jack con una sonrisa–. Lo quieren todo. Son incapaces de decidir sobre algo en particular.

Hawk suspiró. No iba a obtener mucha ayuda ahí.

–Ha pasado un año desde que se graduó en el instituto. Creía que planeaba ir a la universidad.

–Ahora afirma que no está segura –Jack lo estudió–. ¿Por qué? ¿Molesta durante su permanencia aquí?

Hawk respiró hondo y terminó por recurrir a las evasivas.

–Bueno... ha estado metiéndose en el camino.

Jack asintió comprensivo.

–Sí, lo he notado –reconoció con un suspiro–. Tenía la intención de decirle algo al respecto, pero ya conoces a las chicas... Se vuelven tan dramáticas y emotivas.

–Sí –convino él, aunque realmente no conocía a las chicas. Conocía a las mujeres y sabía lo emocionales que podían ser. Se esforzaba en evitar a las dramáticas.

–Hablaré con ella –indicó Jack–. Quizá pueda convencerla de que pase el invierno con su madre –sonrió–, como hacía siempre cuando aún iba al instituto.

Hawk movió la cabeza. Jack y su ex mujer no se habían divorciado amigablemente.

Y aunque Brenda sólo había pasado los veranos con Jack mientras estudiaba, nada más graduarse, le había informado a su madre de que quería ser independiente, libre.

Si ser independiente y libre significaba vivir con su padre e incordiarlo a él, lo había conseguido.

–Ocúpate del asunto como tú veas –concedió, sin molestarse en añadir que sería mucho mejor que lo hiciera cuanto antes–. Quizá una charla sincera de padre a hija ayude.

–Lo haré –Jack comenzó a darse la vuelta.

–Aguarda un momento –lo detuvo–. Voy a largarme un par de semanas de vacaciones. ¿Puedes aguantar el fuerte y encargarte de Boyo? –acarició la cabeza del perro.

Jack lo miró fijamente.

–Sabes muy bien que puedo.

Hawk sonrió.

–Sí, lo sé. Sólo me gusta pincharte de vez en cuando.

–Lo sé muy bien –confirmó–. ¿Vas a contarme adónde piensas ir?

–Claro. No se trata de ningún secreto. Me iré a Las Vegas en cuanto pueda hacer una reserva de hotel. Cuando la tenga, te informaré de dónde voy a alojarme –hizo una pausa antes de continuar–. Cuando vuelva, Ted y tú podréis tomaros unos días libres. En mi ausencia, decide quién será el primero.

–Trato hecho –Jack sonrió y regresó al trabajo.

Aliviado, Hawk respiró hondo el aire de la montaña.

Sonriendo, entró en la casa seguido de Boyo, alzó el auricular del teléfono y comenzó a marcar los números.

Capítulo Uno

Kate Muldoon se hallaba detrás del atril de recepción comprobando la lista de reservas cuando se abrió la puerta del restaurante. Con una sonrisa de bienvenida en el rostro, alzó la vista y vio a un hombre que le provocó un extraño vuelco en el corazón.

La primera palabra que apareció en su mente fue «vaquero». Y no supo por qué. No llevaba ni botas ni un sombrero Stetson. Iba vestido como la mayoría de los clientes, de forma informal con unos vaqueros prietos como el abrazo de un amante y una camisa celeste remangada hasta la mitad de los antebrazos.

Tenía una estatura impresionante. Calculó que rondaría el metro noventa y cinco o más. Era fibroso y musculoso. Tenía una mata de pelo lacia, casi negra, aunque con leves destellos de un rojo profundo bajo la luz. Lo llevaba largo, recogido en la nuca con una fina cinta de cuero.

Era notable... con rasgos marcados y bien definidos, mandíbula cuadrada y ojos oscuros y penetrantes. La piel atezada por el sol, casi broncínea. Se preguntó si tendría una parte de nativo estadounidense. Quizá.

Pero no era lo que llamaría atractivo, no en el sentido en que lo era Jeff...

–¿En qué puedo ayudarlo? –preguntó con una sonrisa, desterrando los pensamientos perdidos de su antiguo amante.

–No tengo reserva, pero me gustaría una mesa para uno, si dispone de ella.

Su voz era suave, ronca, tirando a sexy y tentadora.

–Sí, desde luego –repuso después de decirse mentalmente que era hora de crecer–. Por aquí –recogió un menú y lo condujo a una mesa para dos preparada en un rincón entre dos ventanales.

Él enarcó una ceja en gesto divertido cuando ella le apartó la silla.

–Gracias.

–De nada –le entregó el menú–. Esta noche Tom será su camarero –sintiéndose extrañamente jadeante, añadió–: Que disfrute de su cena.

Él volvió a sonreír.

Kate sintió los efectos de esa sonrisa durante todo el trayecto de vuelta hasta el atril de la entrada. Se dijo que era ridículo y desterró los pensamientos de ese hombre alto al ver que una hilera de comensales

inesperados la esperaba.

Ocuparse de ellos le devolvió la concentración. Después de sentar a un grupo de cuatro personas cerca de la mesa del rincón, oyó al hombre alto que la llamaba con voz queda.

–¿Señorita?

Esa sensación trémula se reanudó. Con una sonrisa profesional, se detuvo junto a su mesa.

–¿Necesita algo? –respondió, notando que tenía la cerveza a medio llenar. Él le dedicó esa sonrisa sugerente. La sensación trémula se convirtió en una oleada de calor.

–¿Está Vic en la cocina esta noche?

La pregunta la desconcertó un momento. No sabía qué había esperado, pero no que preguntara por su jefe.

–Sí –respondió, recobrando la ecuanimidad.

–¿Quiere darle un mensaje de mi parte?

–Sí, desde luego –¿qué otra cosa podía decirle.

–Dígale que a Hawk le gustaría hablar con él –volvió a sonreír, revelando unos dientes fuertes y blancos.

–¿Hawk... sólo Hawk? –inquirió. Santo cielo, tenía una sonrisa devastadora.

–Sólo Hawk –corroboró y rió despacio–. Él sabrá quién soy.

–Mmm... de acuerdo. Se lo diré –giró para dirigirse a la cocina. Menos mal que Jeff la había inmunizado contra los hombres, porque alguien como Hawk se metería con suma facilidad bajo la piel de una mujer incauta.

Con la vista clavada en el fascinante movimiento de sus caderas mientras empujaba la puerta de la cocina, pensó que era una mujer muy atractiva. De estatura media, era toda mujer, desde los rizos sueltos de su cabello oscuro hasta los tobillos finos, pasando por todas las partes intermedias. Y había notado que no llevaba anillo en la mano izquierda.

Aunque eso no significaba necesariamente que no estuviera casada. Se preguntaba si podría ser una de esas mujeres a las que no le gustaba lucir el anillo cuando una voz familiar interrumpió sus cavilaciones.

–Hawk, viejo perro, ¿cuándo has llegado a la ciudad? –Vic Molino se detuvo junto a su mesa con una enorme sonrisa de bienvenida en la cara y la mano derecha extendida.

Hawk se incorporó, estrechó la mano y atrajo al hombre más bajo para darle un abrazo de camaradería.

Al retirarse, indicó la silla vacía que tenía frente a la suya.

–¿Tienes un minuto para charlar... o estás demasiado ocupado en la

cocina?

Vic sonrió.

–Siempre tengo un minuto para ti, Hawk. ¿Cómo diablos estás? –enarcó las cejas oscuras–. Ha pasado tiempo desde tu última visita.

–Sí, lo sé –le devolvió la sonrisa–. He estado demasiado ocupado ganando dinero. Ahora, antes de que llegue el invierno, pretendo gastarlo un poco.

–Eso está bien –en ese momento se acercó un camarero a la mesa. Vic le sonrió–. Yo me ocuparé de este cliente, Tom, pero la propina seguirá siendo para ti.

Tom sonrió.

–Gracias, Vic –hizo ademán de girar para marcharse, pero Vic lo detuvo.

–Una cosa, Tom. ¿Puedes traerme una cafetera recién hecha? –miró a Hawk–. ¿Quieres otra cerveza?

Éste movió la cabeza.

–No, gracias. Cenaré con vino, pero me gustaría una taza de café.

–Enseguida, señor –Tom se marchó.

Hawk miró alrededor del comedor.

–El negocio parece activo, como de costumbre.

–Ha ido bien –contestó Vic con gratitud–, incluso con el bajón económico debido a la crisis –frunció el ceño–. Este año ni siquiera me he tomado unas vacaciones.

–Pobrecito –se mofó Hawk–. Lisa te tiene a raya, ¿eh?

–Jamás –Vic sonrió con ganas–. Lisa me ama demasiado como para encontrarme algún defecto.

Hawk experimentó una sensación mezcla de añoranza y vacío. Sin duda no era envidia de su amigo y la mujer con la que se había casado hacía cinco años.

–De hecho –prosiguió Vic satisfecho–, en este momento, Lisa se siente demasiado feliz como para ver algún defecto en alguien –observó el ceño en el rostro de Hawk, nacido de una confusa curiosidad.

–Bueno, ¿y la culminación del chiste?

Vic rió feliz.

–Está embarazada, Hawk. Después de todo este tiempo, de todas las plegarias y las esperanzas, vamos a tener un bebé. El rostro de Hawk se iluminó con una sonrisa.

–Eso es maravilloso, Vic. ¿Para cuándo?

–Primavera. Está en el comienzo de su segundo trimestre.

–¡Qué me aspen! Eso es magnífico... para los dos. Sé lo mucho que habéis deseado un bebé –mientras felicitaba a su amigo, volvió a experimentar ese aguijonazo de anhelo vacío. Lo desterró mientras estrechaba la mano de Vic.

–Sí –Vic sonrió como un niño–. Estábamos a punto de aceptar que ya nunca lo tendríamos.

Hawk alzó su copa de cerveza.

–Bueno, por la perseverancia –se acabó la cerveza que quedaba en la copa. Al depositarla en la mesa, la encargada de recibir a los clientes se presentó con una jarra de café recién hecho.

–Tom estaba ocupado en otra mesa –explicó–. Así que lo he traído yo. ¿Algo más, Vic?

–No, gracias –movió la cabeza. Cuando ella giró, la detuvo por la muñeca–. Aguarda un momento. Quiero presentarte a un viejo amigo.

–De acuerdo –le sonrió a Hawk.

Él sintió una falta de aliento instantánea. Se puso de pie al tiempo que lo hacía Vic.

–Hawk –dijo éste–, esta adorable señorita es Kate Muldoon, mi maître y amiga de Lisa y mía –le sonrió a la joven–. Kate, Hawk McKenna. Somos amigos desde la universidad y ha sido amigo de Lisa desde que nos casamos –en sus ojos brilló un destello burlón–. Sospecho que lo habría elegido a él de haberlo conocido antes.

–Exacto –corroboró Hawk, ofreciéndole su mano–. Encantado de conocerte... ¿Kate?

–Por supuesto –confirmó–. ¿Hawk?

–Por supuesto –repitió él.

–Siéntate, Kate –Vic acercó una silla a la mesa mientras llamaba a alguien con un gesto.

Ella negó con la cabeza.

–No puedo, Vic. Hay clientes...

–Claro que puedes –interrumpió él–. Aún no te has tomado ningún descanso.

–Si sólo he empezado a trabajar hace dos horas.

–Tiempo más que suficiente –indicó él, mirando a la mujer joven que se había acercado a la mesa.

–¿Ha empleado el gesto imperial, *sire*? –preguntó la mujer con reflejos de diversión en sus ojos azules.

Vic sonrió mientras la observaba mirar a Hawk y la sorpresa que apareció en su rostro.

–¡Hawk!

–Hola, Bella –volvió a ponerse de pie a tiempo de atraparla cuando se arrojó a sus brazos–. Veo que sigues ecuánime como siempre –la tomó por los hombros y la apartó un paso–. Y hermosa como siempre.

–Apuesto que le dices eso a todas las amigas de tus hermanas –rió Bella–. Se te ve muy bien.

–Gracias. Y a ti también.

–Si ya ha terminado el ritual de admiración mutua –intervino Vic–, me gustaría que te encargaras un rato del atril de la entrada por Kate.

–Claro –le dio otro abrazo rápido a Hawk antes de retirarse–. ¿Te veré mientras estás en la ciudad?

–Por supuesto –Hawk sonrió.

–Bien –Bella le devolvió el gesto–. Tómate tu tiempo, Kate. Puedo ocuparme de la muchedumbre hambrienta.

–Gracias, Bella –dijo Kate–. Sólo serán unos minutos.

Su voz suave junto con su sonrisa provocaron una sensación de ahogo en las entrañas de Hawk... e incluso más abajo.

–Bueno –comenzó Vic–, ¿cuánto te vas a quedar en la ciudad en esta ocasión, Hawk?

–Todavía no lo he decidido. Tengo una habitación para una semana –se encogió de hombros–. Después de eso... depende.

–¿De qué? –Vic rió–. ¿Del tiempo?

–Sí, del tiempo. Ya sabes lo que me preocupa –Vic también sonrió y movió la cabeza–. En realidad, no; si para el fin de semana me he cansado de todo el escenario, me marcharé a casa. De lo contrario, haré otros preparativos.

–¿Y dónde está tu casa, Hawk? –inquirió Kate.

–En Colorado –repuso–. En las montañas.

Ella rió.

–Colorado está lleno de montañas.

Él sintió un hormigueo por la espalda. Respiró hondo.

–Estoy en el rincón sudoeste, en las San Juan, a un doble salto de Durango.

–¿Doble salto? –preguntó ella.

Vic contestó por su amigo.

–Hawk tiene un rancho de caballos en un valle pequeño situado en las laderas de las colinas –explicó–. He de decirte que este tipo cría y entrena a algunos de los mejores animales que hayas visto jamás.

–Y también soy muy bueno en lo que hago –añadió él con una sonrisa.

Una vez más sintió esa extraña reacción en la conversación, una reacción que nunca antes había sentido y no supo si le gustaba.

Charlaron unos momentos más, luego Kate se excusó para volver al trabajo.

Ajeno a su entorno, a Vic o al suspiro casi inaudible que soltó, Hawk la observó regresar a su puesto ante el atril, con la cabeza alta y la espalda recta, con la dignidad de una reina.

–Es atractiva, ¿verdad?

La voz de su amigo lo devolvió a la realidad con una sacudida.

–Sí –giró la cabeza para mirar a Vic.

–Y te interesa –no fue una pregunta.

–Sí –admitió sin titubeos.

–Y a muchos hombres más –Vic se encogió de hombros.

–Noté que no llevaba anillo en el dedo anular izquierdo –enarcó las cejas–. ¿Está prometida?

–No.

–¿Por qué me da la impresión de que si dijera que una noche quería invitarla a cenar, me dirías que me rechazaría?

–Porque es muy probable que lo hiciera –le dedicó una media sonrisa–. Siempre lo hace.

–¿No le gustan los hombres?

–Solían gustarle –repuso Vic de forma críptica.

Hawk entrecerró los ojos.

–Si no quieres sentir mi bota delante de todos tus clientes, será mejor que empieces a explicarte.

–Hubo un hombre... –comenzó Vic.

–¿No lo hay siempre? –indicó Hawk con disgusto.

–Igual que siempre hay mujeres con los hombres amargados –indicó Vic–. ¿No?

–Eso yo no lo sé –no era una baladronada. Hawk jamás había estado enamorado. Desconocía cómo una relación que se había estropeado podía destrozar a un hombre.

–Eres un hombre afortunado –Vic suspiró–. Bueno, Kate lo sabe de sobra–. Estaba loca por un tipo, lo bastante como para dejar que se fuera a vivir con ella después de que se prometieran.

–¿La dejó por otra mujer? –preguntó, cuestionándose la cordura de un hombre que pudiera dejar a Kate.

–No, algo peor. Poco después de irse a vivir con ella, comenzó a mostrarse abusivo.

Hawk se puso rígido y sus facciones mostraron una expresión pétrea.

–¿Qué? –preguntó con voz baja y amenazadora.

–No físicamente –expuso Vic–. Sí verbalmente, lo que es igual de

malo, si no peor. Los moretones sanan con rapidez. Las cicatrices emocionales tardan bastante más.

–Hijo de perra.

–Es lo que pienso yo.

Hawk guardó silencio unos momentos.

–Sigo con la idea de invitarla a cenar una noche –miró a Vic ceñudo–. ¿Qué piensas?

–Bueno... –se encogió de hombros–. No te hará ningún daño intentarlo.

–¿A ti no te importaría?

–¿Y por qué iba a importarme? –movió la cabeza–. Creo que a Kate le sentaría bien salir... lleva sin hacerlo desde que se deshizo de ese canalla –le sonrió a Hawk–. Y sé que tú jamás harías nada para lastimarla.

–¿Y cómo lo sabes?

La sonrisa de Vic se tornó siniestra.

–Porque en caso contrario, tendría que matarte.

Hawk soltó una carcajada.

–Anda, lárgate de aquí y prepárame algo bueno para comer.

Momentos más tarde, le servían una copa de vino tinto. Poco después, el camarero dejó ante él un plato humeante de pasta, con una nota breve y doblada al costado. La abrió y rió entre dientes. Vic le había escrito sólo cinco palabras:

Kate libra lunes y martes.

Capítulo Dos

Durante una hora, Kate no tuvo tiempo de pensar en nada que no fuera recibir a los comensales. Cuando volvió a su puesto, se sentía desconcertantemente decepcionada y complacida.

Necesitaba un respiro. Lo que no necesitaba era pensar en el atractivo Hawk McKenna, que de inmediato le inundó la mente.

Se dijo que era un hombre más. Sin embargo, le dominaba la mente y los sentidos en cuanto la actividad se tranquilizaba. Moviendo la cabeza, como si de ese modo pudiera hacer a un lado los pensamientos, se dedicó a reordenar los menús y a estudiar con exagerada atención los nombres no tachados en el cuaderno de reservas. Aún quedaba tiempo para los pocos grupos que faltaban por llegar.

Con un suspiro, alzó la vista de la lista y se topó con los ojos oscuros del mismo hombre que se había afanado en no dejar que entrara en su cabeza.

Logró esbozar una sonrisa profesional.

–¿Le ha gustado la cena, señor McKenna?

La miró levemente ceñudo.

–Creía que habíamos llegado a un trato de tuteo y nombres propios.

–De acuerdo. ¿Cómo ha estado tu cena, Hawk?

–Magnífica, como suelen ser todos los platos de Vic.

Kate sintió el efecto de su sonrisa deslumbrante hasta la punta de los dedos de los pies.

–Es verdad –logró corroborar a pesar de la sequedad en su garganta–. Vic es un chef con mucho talento. Uno de los mejores.

–Lo sé –la sombra de una sonrisa permaneció en su boca sensual–. Aprendió de otro chef con mucho talento... –hizo una pausa en busca de efecto–. Su madre.

Kate rió. Era agradable reír con él. Demasiado. Con rapidez recuperó la compostura.

–Lo sé –dijo, mirando alrededor con la esperanza de ver que un cliente la esperaba. Pero la entrada se hallaba vacía.

–¿Esperas a alguien especial? –le preguntó Hawk, a quien no se le había pasado por alto la mirada de ella.

–No. ¿Por qué?

La estudió un momento. Kate se sintió extrañamente atrapada.

–Me tienes miedo, ¿verdad? –volvía a fruncir el ceño, pero en esa ocasión con consternación.

–¿Miedo? ¿Yo? –movió rápidamente la cabeza–. Eso es ridículo –lo observó–. ¿Debería tener algún motivo para temerte? –empezaba a divagar y lo sabía. Lo que no sabía era cómo parar–. ¿Pretendes hacerme daño?

–Tienes razón. Eso es ridículo, Kate –su voz suave reflejó una nota entre indignada y triste–. No pretendo hacerle daño a ninguna mujer. Ni siquiera sé por qué se te pasaría eso por la cabeza.

Kate se mordió el labio y cerró los ojos.

–No... no sé. Yo...

–Sí lo sabes –la cortó. Respiró hondo–. Ese canalla te la jugó, ¿verdad? –inquirió en voz baja, como si quisiera cerciorarse de que nadie pudiera oírlos.

Kate se sintió paralizada, por dentro y por fuera. ¿Cómo lo sabía? ¿Quién se lo había dicho? Tenía que haber sido Vic. El simple hecho de recordar a Jeff, su temperamento desagradable y sus acusaciones, le causaban una sensación fría en el estómago. «Maldita sea», pensó. Había creído estar libre de los recuerdos.

–¿Kate? –murmuró Hawk con preocupación.

Lo miró directamente a los ojos.

–Mi vida personal no está abierta a discusión, señor McKenna. Me gustaría que se marchara, por favor. Espero un grupo de cuatro personas en cualquier momento.

Como si ésa fuera la señal, el grupo entró en el local, riendo y charlando. Con cara inescrutable, Hawk se hizo a un lado.

Kate invocó una sonrisa agradable y se volvió hacia los recién llegados.

–Buenas noches –recogió cuatro menús y añadió–: Por aquí.

Después de que los clientes se sentaran y se pusieran a hojear los menús, Kate regresó a su atril. Al ver a Hawk, ¿cómo pasarlo por alto?, apoyado en una pared lateral, no pudo evitar volver a pensar en lo alto y fibroso y...

«No vayas por ahí, Kate», se aconsejó, tratando de soslayar sin éxito el pequeño remolino de placer que giraba en su interior.

Empezó a sentirse nerviosa al acercarse a su puesto. No había nadie esperando en el recibidor. Alzó el mentón, dispuesta a mirarlo con ojos centelleantes por el hecho de que aún siguiera allí.

Hawk permaneció donde estaba, con la vista clavada en ella al tiempo que exhibía una leve y burlona sonrisa masculina.

–¿Sigues aquí? –dijo, odiándose por recalcar lo obvio.

–Eso creo –respondió él, bajando la vista–. Al menos, parezco yo –su sonrisa se amplió y los ojos mostraron un destello travieso.

Kate contuvo un escalofrío cuando se apartó de la pared y fue a plantarse justo delante de ella.

–¿Cenas conmigo el lunes o el martes? –le preguntó con voz baja.

Lo miró desconcertada. La sorpresa la mantuvo en silencio. Buscando una respuesta, decidió que no podía mandarlo a tomar viento fresco. Era un buen amigo de Vic, aparte de ser un cliente. No obstante... qué descaro. Lo miró ceñuda al tiempo que luchaba contra el súbito impulso de aceptar.

Se dijo que era una tonta. Ni siquiera lo conocía ni confiaba en él. Temía confiar en cualquier hombre que no fueran su padre o Vic. Sin embargo, sentía la tentación de darle un sí.

–¿Cómo sabías que libro los lunes y los martes? –preguntó con un intento de mostrarse irritada. Él ladeó la cabeza y la respuesta le resultó evidente. Lo maldijo–. Vic –respondió por él.

–Sí –Hawk asintió–. Puedes confiar en mí, Kate –musitó con tono sincero–. Y Vic me avalará. Prometo no sobrepasarme.

Era un dilema y no sabía qué hacer. Sabía lo que quería. Había pasado mucho tiempo desde que había salido a cenar con un hombre.

Mirándolo, en sus ojos oscuros vio admiración y preocupación... por ella.

Hawk se inclinó más sobre el atril y añadió con voz ronca:

–Palabra de honor, seré bueno.

Kate cedió.

–De acuerdo, cenaré contigo el lunes.

–¿A qué hora y por dónde paso a recogerte?

Bajo ningún concepto pensaba darle su dirección.

–Podemos quedar aquí. ¿Te parece bien a las siete y media?

–Perfecto. Te veré entonces –alzó la mano como para tocarse el sombrero que no llevaba, sonrió, la bajó, la agitó rápidamente en señal de saludo, dio media vuelta y salió del restaurante.

Kate lo observó con una mezcla de susto y entusiasmo. Se preguntó si había hecho lo correcto al aceptar la invitación o si debería haberla rechazado, manteniendo con firmeza su barrera de desconfianza hacia los hombres.

Por suerte, se vio temporalmente distraída del peso de ese enigma con la llegada de una familia que tenía mesa reservada.

A las doce menos cuarto, Kate, junto con todos los empleados y el jefe habían limpiado el restaurante y preparado las mesas para el día siguiente, sábado, uno de los días más ajetreados.

Igual que hacía todas las noches, Vic la escoltó a su coche, aparcado en la parte del aparcamiento destinado a los empleados. Kate aprovechó esos pocos minutos para preguntar a su jefe.

–¿Por qué le dijiste a tu amigo Hawk cuáles eran mis días libres? –inquirió sin inflexión especial en la voz.

Vic la observó con cautela.

–Me lo preguntó. ¿Estás enfadada conmigo por decírselo?

–No –se detuvo junto a su coche.

–Sólo irritada –indicó él–. ¿Verdad?

Lo miró a los ojos y sonrió.

–Un poco, sí –admitió–. Ya sabes lo que siento sobre... –calló, dándole la oportunidad de intervenir.

–Sí, Kate, sé cómo te sientes sobre los hombres en general y cómo se llame ése en particular. Y lo respeto –se encogió de hombros–. Pero Hawk no es cualquier hombre en general y no sólo porque sea mi amigo. Es uno de los buenos, cariño –sonrió–. Ya sabes, de ésos que llevan sombreros blancos en las películas de vaqueros –su sonrisa se amplió–. Además, le advertí de que si llegabas a aceptar su invitación y se sobrepasaba, tendría que matarlo.

Kate no pudo contener una sonrisa.

–Bueno, yo... mmm.... acepté cenar con él el lunes.

–Bien. Es hora de que vuelvas a salir. De que coquetees un rato. A Hawk le encantará después de estar atrapado entre las montañas todo el verano.

–Estoy segura de que disfrutaré de su compañía, Vic –dijo Kate–. Pero no creo que aún esté preparada para coquetear, si es que alguna vez vuelvo a estarlo.

–Bueno, si no es ahora, en algún momento. Tú simplemente relájate y disfruta un rato –miró la hora–. Y ahora será mejor que vuelva a casa con Lisa... antes de que ella empiece a ponerse suspicaz.

–Como si alguna vez lo hiciera –Kate rió–. Gracias, Vic. Te veré mañana.

Aguardó hasta que ella se subió al coche, bloqueó las puertas y arrancó el motor. Después de saludarla con la mano, fue hacia su coche.

Kate respiró hondo y despacio quitó el freno de mano y se alejó de allí.

Quedaban dos días más hasta el lunes.

El entusiasmo y la expectación bullían en su mente. Por suerte para ella, las noches de los sábados y los almuerzos de los domingos eran los

momentos más ajetreados en el restaurante. Apenas tenía tiempo de respirar entre comensal y comensal como para prestarle atención a las contracciones nerviosas que se habían apoderado de su estómago.

Lunes, siete y veinticinco de la tarde.

Kate se hallaba junto al atril hablando con Bella. Había llegado al restaurante poco después de las siete. También se sentía nerviosa. Y tonta por la ansiedad que la dominaba, pero ahí estaba, le gustara o no.

Bella sentaba a algunos comensales. Kate proyectaba miradas furtivas hacia la puerta, reprendiéndose por cada vez que lo hacía, que empezaba a ser a menudo.

Alzó la vista en el instante en que Bella regresaba al atril y vio cómo el rostro de la mujer joven se iluminaba con una sonrisa luminosa.

–Hola, Hawk –dio unos pasos y se arrojó a los brazos de él.

Durante un instante, Kate sintió una emoción muy extraña. No pudo describirla de forma precisa, aunque tampoco quería examinarla, negándose a pensar en la palabra envidia.

Aceptó otra palabra. Arrebatador. Así estaba. Iba vestido de forma casual con unos pantalones elegantes de color gris y una almidonada camisa blanca, sin corbata y una chaqueta azul marino.

En ese momento le gustó haber dedicado un tiempo adicional a elegir su atuendo. Una blusa de cuello de volantes y mangas largas y una falda larga y vaporosa de color nuez moscada con unas sandalias de tacón alto. Así como los días aún eran cálidos y a veces calurosos en octubre, por la noche la temperatura bajaba, de modo que había elegido el mismo chal suave que había llevado al trabajo la noche anterior.

Bella se separó de los brazos de Hawk cuandoentró una pareja. Él desvió la mirada oscura a Kate.

–Hola –saludó con voz baja y seductora.

Kate tuvo que tragar saliva antes de ser capaz de responder.

–Hola.

La recorrió con mirada de aprecio.

–Estás preciosa.

Ella volvió a tragar saliva.

–Gracias. Tú... tú también estás precioso –«santo cielo», pensó, sintiéndose idiota. ¿De verdad había dicho eso?

Hawk se acercó al atril con una sonrisa en sus labios masculinos.

–¿Tienes hambre?

Al mirarlo, tuvo que reconocer que nunca en su vida adulta había estado más hambrienta. Pero lo último que había en su mente aturdida era

comida.

–Sí –intentó humedecerse los labios secos con naturalidad–. ¿Y tú?

Él entrecerró los ojos y observó el movimiento de su lengua.

–No te haces ni idea –alargó una mano para tomar la suya.

–¿A...adónde vamos a ir? –Kate experimentó un destello de irritación, no hacia Hawk, sino hacia sí misma por el breve tartamudeo. Jamás había tartamudeado, ni una sola vez.

Hawk sonrió.

–Aquí mismo. Vic va a crear algo especial para nosotros.

–¿Aquí? ¿Vamos a cenar aquí? –tuvo que reír–. ¿Por qué?

Él frunció el ceño.

–¿No te gusta cómo cocina Vic?

–Me encanta –protestó–. Es que, bueno, pensé que tú querrías...

–Lo que yo quiero, Kate –declaró– es que te sientas cómoda conmigo, y supuse que aquí lo estarías –sonrió antes de añadir–: Con Vic para defenderte.

–Claro –dijo Vic, conduciéndolos a la misma mesa para dos que le habían dado a Hawk hacía unos días–. Como si yo pudiera defenderla contra ti. Soy un chef, no un guerrero.

–Qué gracioso. Eres tú quien trabaja con cuchillos –lo miró con ironía mientras Vic le apartaba la silla a Kate–. ¿Vino? –le preguntó, sentándose frente a ella.

Kate asintió.

–Sí, gracias –miró a Vic–. ¿Qué recomiendas con la comida? ¿Blanco o tinto?

–Para ti, blanco. No muy seco ni muy dulce. Los dos estáis a mi merced con la cena esta noche.

Hawk sonrió con sarcasmo.

–Correcto. Para mí tinto.

–Os conocéis bien, ¿verdad? –inquirió Kate cuando Vic regresó a la cocina.

–Mmmm –Hawk asintió y bebió un sorbo de agua–. Compartimos habitación en la universidad.

–¿Estuviste en el ejército?

Esa pregunta en apariencia espontánea hizo que él frunciera el ceño.

–Sí, al terminar la universidad me alisté en las fuerzas aéreas. ¿Qué te ha hecho preguntar eso?

Ella se encogió de hombros.

–Vic te llamó guerrero, así que di por hecho que se refería a eso.

Él rió suavemente.

–Piloté un helicóptero Black Hawk, pero Vic no se refería a eso –explicó–. La referencia al guerrero era a mi herencia. Verás, mi padre es escocés, pero mi madre era una apache de pura sangre.

–¿Era?

–Sí. Falleció al dar a luz a mi hermana menor, Catriona –su sonrisa fue agridulce–. Yo tenía dos años y no llegué a conocerla. Lo único que tengo de ella son fotos de su cara hermosa.

–Lo siento –musitó, sin ocurrírsele otras palabras de simpatía.

El tono amargo se desvaneció y sólo quedó el dulce.

–Kate, fue hace muchos años. Ahora tengo treinta y seis años. Aunque me habría encantado llegar a conocerla, está superado.

Ella lo dudó, pero no insistió.

–Catriona. Es un nombre diferente –comentó, cambiando de tema.

–Es escocés para Catherine.

–¿Y tu padre?

–Con la ayuda de los padres de mi madre nos crió a Cat y a mí. Después de la universidad yo me alisté en las fuerzas aéreas. Y después de que Cat se graduara dos años más tarde, ella se trasladó a Nueva York, y entonces mi padre regresó a Escocia, donde es propietario de varios holdings empresariales –apareció un camarero y Hawk aceptó su copa–. Su segunda esposa y él crían perros lobos irlandeses.

–Oh –comentó ella–. Son grandes y feroces, ¿no?

Hawk movió la cabeza.

–Son grandes, pero bajo ningún concepto feroces. Yo tengo uno. Se llama Boyo y es como un gatito –titubeó antes de aclarar–. Por supuesto, puede mostrarse feroz si ve que me encuentro bajo alguna amenaza. La raza es muy protectora con los suyos.

Kate rió.

–¿Los suyos?

–Oh, sí –rió con ella–. Boyo cree que soy de él.

Callaron mientras les servían la deliciosa cena que Vic les había preparado.

–¿Postre? ¿Café? –le preguntó Hawk una vez que terminaron de comer.

Kate negó con la cabeza.

–No, gracias. Estoy demasiado llena incluso para tomar café.

–Bien. Esto es agradable, pero... –respiró hondo–. Tengo entradas para un espectáculo en el Strip. ¿Te gustaría ir?

Kate guardó silencio un momento, provocado por una mezcla de ansiedad y expectación. También ella respiró hondo y tomó una decisión

rápida, igual que había hecho antes.

–Sí, gracias. Me gustaría.

Hawk miró su reloj de pulsera, apartó la silla y rodeó la mesa para retirar la de Kate y ayudarla a levantarse.

–Será mejor que nos vayamos. Son las nueve pasadas y el show empieza a las diez –llamó al camarero con un gesto de la mano–. La cuenta, por favor –pidió cuando el joven llegó con celeridad.

–No hay cuenta –indicó el camarero–. Vic ha dicho que la cena es invitación de la casa.

–Tom, dile a Vic que he dicho que es un encanto –comentó Kate con una sonrisa.

Después de despedirse rápidamente de Bella, abandonaron el local.

Capítulo Tres

La guió por el codo hacia el primer espacio que había en el aparcamiento. Al ver el letrero de *Reservado* en un rincón, Kate lo miró con una ceja enarcada.

Hawk le sonrió.

–Es bueno ser el rey –declaró, citando una vieja película de Mel Brooks.

El coche al que la condujo era de tamaño medio. Después de sentarse, lo observó con una leve sonrisa meter su cuerpo largo detrás del volante. Una vez acomodado, la miró de soslayo.

–Este rey necesita un carruaje más grande.

–Pareces un poco apretado en el asiento.

Él movió los ojos con expresión dramática.

–No te haces idea –suspiró–. En casa conduzco una furgoneta grande, con un amplio espacio para las piernas.

Kate rió con sinceridad. No podía recordar la última vez que había reído de forma tan natural. Y resultaba aún mejor que Hawk riera con ella.

La llevó a uno de los casinos, donde le dio el vehículo a un aparcacoches. El espectáculo, protagonizado por un comediante del que Kate nunca antes había oído hablar, se celebraba en una de las salas más pequeñas. El lugar ya estaba lleno cuando los condujeron a su mesa justo en el instante en que estallaba una salva de aplausos cuando el cómico salía a escena.

El hombre no sólo era gracioso, sino hilarante... y trabajaba sin trampas. No contaba chistes. Hablaba de la vida, de las cosas cotidianas con las que prácticamente todos los asistentes podían identificarse y apreciar.

Las pocas veces que le dedicó un rápido vistazo a Hawk, también lo vio reír. En una ocasión le guiñó un ojo.

Un gesto sencillo, pero que hizo que Kate sintiera calor por todo el cuerpo. Se reprendió diciéndose que era boba.

Acabado el espectáculo, fue a ponerse de pie, pero Hawk la detuvo con un movimiento de cabeza.

–¿Quieres entrar en el casino y jugar un rato antes de irnos? –preguntó.

Kate titubeó, pero al recordar que era uno de los lugares preferidos de

Jeff para jugar, hizo un gesto negativo.

–Esta noche, no. Me duele el cuerpo de tanto reír –le sonrió para suavizar la negativa–. Ha sido muy gracioso.

–Sí lo ha sido –coincidió Hawk, guiándola al exterior. Le entregó el tique al aparcacoches antes de añadir–: Y tú eres una mentirosa horrible –Kate abrió la boca, pero antes de que pudiera hablar, se le adelantó–: No pretendía que fuera un insulto.

–¿Y cómo catalogarías ese comentario? –Kate no intentó ocultar su irritación.

La zona estaba atestada de personas que aguardaban la entrega de sus vehículos y Hawk se acercó a ella.

–Kate –dijo en voz baja e íntima–, no soy ciego. Vi el destello en tus ojos cuando me diste esa respuesta poco convincente. Por algún motivo personal, no quieres acercarte a ese casino –enarcó una ceja oscura–. ¿Te importa decirme la razón?

Se hallaba tan cerca que podía oler su colonia y su fragancia puramente masculina, por no mencionar el sabor a vino de su aliento que le causaba estragos en el sistema nervioso.

–¿No? –él sonrió.

Finalmente, ella se rindió a esa sonrisa con otra suya.

–Supongo que es una tontería –suspiró–. No quería entrar porque es uno de los casinos preferidos de Jeff –se encogió de hombros–. Prefiero no encontrarme con él.

En cuanto terminó de hablar, y como si lo hubiera invocado, la voz culta de Jeff le provocó un escalofrío de repulsión.

–Vaya, Kate. Tan hermosa como siempre –dijo él con voz demasiado seductora–. La sorpresa que es verte aquí. Creía que no te gustaban los casinos.

Se comportaba como si Hawk no se hallara presente.

–Creías demasiadas cosas, Jeff –replicó con la voz tan fría como pudo poner–. La mayoría erróneas... no, todas.

Los ojos azules de Jeff se tornaron fríos; la voz seductora adquirió un tono áspero.

–No todas –exhibió una mueca burlona mientras la recorría con la mirada–. No me equivoqué acerca de tu reacción en la cama...

–Si nos disculpas –intervino Hawk con voz suave pero amenazadora al tiempo que deslizaba un brazo alrededor de la cintura de ella–. Ha llegado el coche, Kate.

Se sintió aliviada, pero eso sólo duró un instante. Jeff la asió por el brazo y evitó que se alejara con Hawk. Se puso rígida, enfadada y

abochornada.

Jeff miró a Hawk con ojos centelleantes, obligado a alzar la vista, ya que le sacaba más de diez centímetros.

–¿Quién demonios te crees que eres? –demandó.

–No creo quién soy –respondió Hawk–. Sé quién soy. Y no quiero conocerte –la voz suave se desvaneció y sólo quedó la amenaza–. Y ahora, hombrecillo, quítale la mano de encima a mi dama.

–¡Hombrecillo! Tu... tu dama... –tartamudeó Jeff dominado por la cólera–. Te atreves...

Hawk suspiró.

–Me atrevo. A cualquier cosa –expuso con precisión–. Y ahora apártate, amigo, antes de que me sienta tentado de mostrarme realmente desagradable.

Para sorpresa de Kate, Jeff retrocedió, en absoluto con pinta de gallito, fachada que habitualmente solía presentar. Lo vio observarlos con ojos entrecerrados mientras Hawk la ayudaba a subir al coche. Pero parpadeó y retrocedió otro paso cuando Hawk se volvió para devolverle la mirada.

Aunque Kate no pudo ver la expresión de éste, debió de ser muy peligrosa, porque Jeff giró en redondo y entró con celeridad en el casino.

Sin embargo, cuando Hawk se sentó al volante, en sus ojos sólo percibió un destello de humor, acompañado de una sonrisa.

–También me echo faroles en el póquer.

Kate soltó una carcajada.

–Eres algo especial –dijo al parar de reír.

–Ni te lo imaginas –arrancó y giró la cabeza para dedicarle una sonrisa.

La tensión de los minutos anteriores se evaporó del cuerpo de Kate, dejándola relajada y cómoda. Por primera vez desde que echara a Jeff, maldiciendo y discutiendo, de su apartamento y de su vida, se sentía a gusto en compañía de un hombre.

No tuvo muy claro si eso era bueno o no. Sabía muy bien que sentirse a gusto con un hombre no era lo mismo que confiar en él. En ese momento de su vida, no estaba segura de poder volver a confiar alguna vez en uno. Realmente era triste que un único hombre desagradable... Se sacudió mentalmente. «Olvídalo», pensó. Ni merecía el esfuerzo que le requería pensar en él.

Echó la cabeza atrás y permitió que sus pensamientos vagaran.

Fueron así durante varios minutos antes de que Hawk hablara.

–Mmm... Kate, ¿vamos a conducir sin rumbo fijo el resto de la noche o vas a decirme dónde vives?

Kate sabía que el estado de ánimo plácido en el que se había sumido era demasiado bueno como para que pudiera durar.

–He aparcado mi coche en el restaurante de Vic –se irguió de su postura reclinada.

–Mmm –murmuró él, girando en el siguiente cruce–. Nos hemos pasado un poco del restaurante.

Kate lo miró sobresaltada antes de observar por la ventanilla. Frunció el ceño al no reconocer dónde se hallaban.

–¿Qué consideras tú un poco?

Él sonrió.

–Oh, sólo unos tres kilómetros –repuso–. Se te veía tan cómoda que detesté la idea de perturbarte. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que te encontraras despierta.

Agradeció la penumbra del interior del coche que ocultó su rubor.

–No dormía, pero me dejé llevar un poco. Debe ser el vino.

–Claro, las dos copas que te tomaste –bromeó. Luego habló en serio–: ¿Pensabas en ese payaso que quiso hacerte pasar un mal rato?

–Se llama Jeff –le dio el nombre como si no importara, y realmente así era.

–Te aferró del brazo –su voz había cambiado. En ese momento era como un gruñido y volvía a asustar–. Y como trate algo parecido otra vez, como te toque cuando estés conmigo, su nombre será mie... mmm... lodo.

No tuvo más opción que reír ante el rápido cambio de palabra.

–Conozco el vocablo, Hawk.

–Lo sé. Todo el mundo lo conoce –se encogió de hombros–. Mi padre es muy puntilloso acerca de hablar educadamente delante de una dama. Yo pienso lo mismo.

–Eso es agradable –comentó mientras entraban en el aparcamiento del restaurante. Se detuvo junto a su coche en el solar por lo demás vacío.

Desabrochándose el cinturón, se volvió hacia él al tiempo que extendía la mano para despedirse.

–Gracias, Hawk, por una velada estupenda.

Aunque él aceptó su mano, movió la cabeza.

–Te voy a seguir a casa, Kate.

–Pero...

No la dejó seguir.

–Es tarde, así que te seguiré y me aseguraré de que entras a salvo en tu casa –afirmó con determinación, sin resquicio para la duda.

Ella movió la cabeza, suspiró y lo aceptó. Bajó del coche de Hawk y subió al suyo. Fiel a la palabra dada, la siguió hasta que aparcaron en el

aparcamiento del edificio donde vivía ella.

Bajaron al mismo tiempo de sus respectivos vehículos.

–Te acompañaré hasta la puerta.

–Vamos, Hawk, no es necesario –protestó, aunque podría haberse ahorrado las palabras. Sin contestar, él caminó a su lado hasta la entrada–. Muchas gracias –repitió, ofreciéndole la mano.

–De nada –le tomó la mano y la empleó para acercarla con gentileza hacia él–. ¿Volveré a verte?

–Sí –fue lo único capaz de decir a través de una garganta súbitamente reseca.

–¿Mañana por la noche?

Tragó saliva y vaciló un momento antes de repetir:

–Sí.

–Bien –su voz proyectó una mezcla de alivio y satisfacción–. Te recogeré aquí a las siete y media, ¿de acuerdo? Haremos algo divertido.

Ella asintió y el corazón le dio un vuelco cuando con la mano le alzó el mentón y con el dedo pulgar le acarició la mejilla.

–Ese imbécil tenía razón en una cosa, Kate –murmuró–. Eres una mujer hermosa.

El corazón pasó a atronarle en el pecho.

–Hawk... yo...

–Shh –musitó, bajando la cabeza–. Está bien. No te haré daño –le susurró un instante antes de rozarle la boca con los labios en lo que más que un beso, era una promesa–. Buenas noches, Kate –dio un paso atrás–. Y ahora entra y echa el cerrojo.

Ni veinte minutos después de dejarle el vehículo al aparcacoches, se hallaba en la cama, perdido en fantasías de Kate, el cuerpo ágil e igualmente desnudo próximo al suyo.

Despertó de pronto, el cuerpo frío bajo una fina capa de sudor. Al mismo tiempo se sentía ardiente y frustrado. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había quedado dormido, despertando en la parte más intensa de la fantasía. Palpitaba de necesidad.

Sabía que necesitaba una acción drástica, por lo que se levantó de la cama y fue al cuarto de baño.

Odiaba las duchas frías.

Kate se quedó junto a una ventana lateral apartando la cortina un centímetro o poco más. Pasándose la lengua por los labios, observó hasta

que ya no pudo ver el coche.

Podía saborearlo.

Soltó la cortina y se dijo que era ridículo. Ese simple roce de la boca sobre la suya había sido lo más alejado de un beso que alguna vez había experimentado. Fue al cuarto de baño. ¿Por qué diablos pensaba que podía saborearlo? Volvió a probar, pasándose la lengua por el labio inferior y gimió.

No era ridículo; realmente podía saborearlo, y el sabor le gustaba mucho. Tragando saliva para aliviar la garganta súbitamente reseca, comenzó a desvestirse.

Acababa de lograr quitarse la blusa cuando sonó el teléfono.

¿Hawk? Se quedó quieta, con el corazón desbocado. Volvió a sonar. Sin molestarse en mirar el número en la pantalla, alzó el auricular y respiró hondo para contener un temblor que adivinaba en su voz antes de decir:

–Hola.

–¿Quién era? –bramó Jeff.

Se quedó helada.

–No es asunto tuyo –ni siquiera le dio la satisfacción de pronunciar su nombre.

–Sí que lo es –espetó–. Eres mía y tú lo sabes.

–Jamás he sido tuya –respondió con frialdad–. Y como bien sabes, rompí contigo hace meses.

–Estabas agitada y nerviosa –volvió a rugir–. Y...

–No –cortó–. Tú te mostrabas verbal y emocionalmente abusivo... otra vez.

–No pienso rendirme, Kate. Sé que me amas –en esa ocasión habló con suavidad–. Te recuperaré.

–He sido paciente hasta ahora, Jeff –expuso sin rodeos–. Si vuelves a molestarme, te denunciaré a la policía. Y esta vez hablo en serio.

–Claro –aceptó con tono meloso–. Lo dices en serio en cada ocasión, lo que me revela que en realidad no lo dices en serio.

Respiró hondo en un intento por controlar su furia. Se preguntó cómo había podido llegar a pensar que ese tono untuoso podía ser atractivo.En ese momento le daba asco. Él le daba asco.

–Para ti sólo tengo tres palabras, Jeff –comenzó.

–Sí, lo sé –la interrumpió con suavidad–. Como ya te he dicho, me amas.

–Vete al infierno –cortó.

Se quedó temblando sin quitarle la vista al teléfono, como si pudiera atacarla.

Lo maldijo tres veces.

Ya era suficiente. Al día siguiente por la mañana vería a un abogado para denunciarlo a las autoridades y obtener una orden de alejamiento.

Aunque nunca antes lo había hecho por si se producía alguna emergencia en su familia, se sentía tan inquieta que desconectó la línea telefónica y apagó el teléfono móvil.

Se tumbó en la cama durante un rato, incapaz de dormir. Cuando al fin logró dormirse, se sumió en un sueño. No de Jeff ni de miedo, sino de su cuerpo moviéndose sensualmente.

Quería, necesitaba y anhelaba el contacto de Hawk, la sensación de esa boca tomando un control apasionado de la suya, de ese cuerpo duro poseyendo y adueñándose del suyo.

Despertó trémula, con una palpitación en lo más profundo de su cuerpo y la respiración áspera y entrecortada. Apartó con los pies la sábana de su cuerpo sudado. Jamás había tenido un sueño tan real, tan intenso que había estado a punto de llevarla al borde del orgasmo.

Despacio, su respiración recobró la normalidad y se sentó, contemplando la penumbra de su dormitorio con los sentidos y la mente aún dándole vueltas.

Así como era cierto que hacía tiempo que no estaba con un hombre de forma íntima, y no pensaba decir ese nombre ni siquiera mentalmente, le parecía irreal que el sueño con un hombre al que acababa de conocer y sobre el que prácticamente no sabía nada, pudiera afectarla hasta tal grado. Sus pensamientos fueron cediendo al sueño, que una vez más la reclamó.

Para su sorpresa, despertó renovada, aunque todavía un poco ansiosa.

Mientras se decía que Hawk era un hombre más, fue hacia el teléfono, conectó la línea a la clavija y marcó el número de Vic.

Lisa se mostró encantada de proporcionarle el número de un buen abogado, igual que le había insistido en solicitar una orden de alejamiento desde el momento en que lo había echado de su apartamento.

Minutos más tarde, tenía una cita para la mañana siguiente con el abogado que su amiga le había recomendado, un hombre mayor llamado Edward Bender. Se dijo que era un comienzo.

Capítulo Cuatro

Aunque sabía a la hora que se presentaría Hawk, se sobresaltó cuando sonó el timbre del telefonillo en el vestíbulo. Por suerte acababa de terminar de ponerse rímel en las pestañas, o habría abierto con una extraña raya cruzándole la mejilla.

Recogió el bolso y un chal negro que complementaban a la perfección su vestido blanco, apretó el botón del telefonillo situado en la pared y habló al auricular incorporado.

–¿Hawk?

–Sí

Su voz sexy y grave le causó un hormigueo total por el cuerpo.

–Ya bajo.

Sin aguardar una contestación, encendió la luz del exterior, cerró la puerta con llave y fue hacia el ascensor.

–Hola –saludó él cuando las puertas se abrieron–. Estás preciosa –sus ojos irradiaban un destello burlón–. ¿Cómo sabías que mi chal preferido es el negro?

Kate rió.

–No lo sabía. Da la casualidad de que también es mi favorito. A propósito, hola –sonrió–. ¿Adónde vamos a ir esta noche?

Hawk movió la cabeza, la tomó por el codo y la condujo al coche.

–He pensado en que continuáramos donde estábamos, antes de que nos interrumpieran de forma tan grosera. ¿Evitas todos los casinos o sólo el que íbamos a entrar anoche?

–Sólo ése –repuso, abrochándose el cinturón de seguridad–. Pero no voy a los casinos muy a menudo –sonrió–. Como dice la canción, trabajo duramente para ganarme el jornal. Aunque de vez en cuando juego algo.

–¿Juegos de mesa? –enarcó las cejas.

–No, sólo las máquinas –Kate le devolvió el gesto–. ¿Y tú?

–Póquer –respondió, encogiéndose de hombros–. Y algo de blackjack de vez en cuando. ¿Lista?

–Cuando tú lo estés.

Él salió del aparcamiento.

Guardó silencio durante unos momentos mientras conducían.

–No sé qué perfume te has puesto, pero me gusta... mucho.

El calor y el hormigueo interior se incrementaron en Kate.

–Gracias, Hawk. Es el único perfume que uso.

–Siempre y cuando lo huela, pensaré en ti –le sonrió.

A Kate no le cupo duda de que todo su interior se derretía. Se dijo que más le valía ir con cuidado, porque ese hombre no sólo era peligroso, sino pura dinamita. Comparado con Hawk, Jeff ni siquiera era un petardo.

Jugar con petardos era una cosa, pero con dinamita... Tembló.

–¿Tienes frío? –preguntó él al notar el escalofrío a pesar de no haber apartado en ningún momento la vista de la carretera–. Puedo encender la calefacción del coche –alargó la mano para hacerlo.

–No... no –ella movió la cabeza mientras ofrecía una sonrisa débil–. Estoy bien, de verdad, y ya casi hemos llegado –como encendiera la calefacción, se derretiría delante de él.

–Es extraño –comentó él–. En octubre, aquí en Las Vegas, por la tarde la temperatura puede ser bastante elevada; sin embargo, por las noches cae en picado y pasas frío.

–¿Es diferente donde tú vives? –preguntó, queriendo saber cualquier nimiedad sobre él, sobre su vida.

Hawk sonrió.

–Depende de la parte del Estado en la que vivas. En Denver puede ser muy caluroso por el día y refrescar por las noches. Pero en las montañas, donde yo vivo, así como podemos experimentar algo de calor por el día, por la noche puede llegar a hacer mucho frío.

–Me gustan las montañas –comentó, inconsciente del tono de añoranza que había empleado.

–¿No eres de aquí?

–No –movió la cabeza–. Soy de Virginia, cerca de las Montañas Azules. Mi padre lleva un pequeño rancho de caballos.

–Ya está –le volvió a sonreír–. Tenemos algo en común.

–¿Caballos? –rió.

–Eh, no lo descartes. Es un comienzo.

Kate no pudo evitar preguntarse a qué se refería exactamente con eso de comienzo. ¿Comienzo de qué? Si sólo iba a estar en Las Vegas unos días.

Hawk la sorprendió evitando el Strip, la avenida principal de los casinos, y yendo hacia uno de los hoteles más antiguos de la ciudad, uno en el que nunca antes había estado. Es decir, era viejo en comparación con los palacios increíblemente caros que siempre se hallaban en fase de construcción.

Pero le gustó mucho más que los elaborados palacios de placer que tanto abundaban en Las Vegas. Para empezar, no estaba tan atestado como

los otros.

–Bueno –dijo Hawk–, ¿qué quieres hacer?

Ella guardó silencio unos momentos, mirando alrededor.

–Creo que daré una vuelta... –le sonrió–... hasta que una de las máquinas me llame.

–Perfecto –coincidió–, creo que yo iré a una mesa de Blackjack. ¿Qué te parece si sincronizamos los relojes y quedamos otra vez aquí, digamos en una hora?

Sonriendo, Kate miró su reloj de pulsera.

–De acuerdo. Si no te veo antes, te veré entonces.

En cuanto se separaron, ella empezó a sentirse sola. Mientras recorría la hilera de máquinas, se reprendió diciéndose que era una tontería.

Con el deseo de distraerse de pensar en Hawk, se sentó ante la máquina del final de la hilera. Dedicó varios minutos a estudiar las instrucciones antes de introducir un billete de veinte en la ranura. Obtuvo ochenta créditos en la pantalla luminosa.

Llevaba jugando una hora completa cuando fue consciente de que alguien nuevo había ocupado la máquina de al lado. Ni siquiera giró la vista para mirarlo.

–Hola, Kate –la voz suave de Jeff la sobresaltó–. Te vi sentada aquí sola y vine a hacerte compañía.

No pudo creer que Jeff se encontrara en ese casino. No era de la clase de los que él frecuentaba; prefería los nuevos que atraían a las celebridades. La idea de que la hubiera seguido le causó un escalofrío.

¿La estaría acosando?

Asustada pero decidida a no mostrarle su miedo, le dedicó una mirada helada.

–No estoy sola. Vengo acompañada, y aunque no fuera así, jamás querría tu compañía.

–Vamos, Kate, los dos sabemos que tú no...

No le permitió ir más lejos.

–Tú no sabes nada, Jeff, pero yo te lo explicaré –sacó valor de la voz fría que había empleado–.

Si no desapareces de mi vista en los próximos segundos, comenzaré a gritar pidiendo la presencia de los agentes de seguridad.

–No te atreverías –negó–. Olvidas que sé que detestas montar una escena.

–Quizá –admitió–, pero encantada haré una excepción en tu caso –miró su reloj–. Tienes exactamente dos segundos para desaparecer –no apartó la vista del reloj–. Uno... dos...

Él se levantó del taburete y se alejó de ella soltando una retahíla de juramentos. Turbada por el encuentro, respiró hondo varias veces, y en cuanto lo perdió de vista, apretó la tecla de pagar y se marchó con cinco dólares más que con los que había empezado.

Iba hacia el lugar donde había quedado con Hawk cuando lo vio a una mesa de Blackjack. Titubeó un momento, pero luego decidió acercarse, convencida de que Jeff no intentaría nada con Hawk a su lado.

Situándose detrás de él, apoyó una mano en su hombro para hacerle ver que estaba allí.

–Hola, veo que ganas –delante de él tenía varios montones de fichas.

–Sí –giró la cabeza y le sonrió–. ¿Lista para irte?

–No hay prisa –indicó–. Me gustaría mirar un rato, si no te importa que me quede detrás de ti mientras juegas.

–En absoluto –repuso, logrando mantener al mismo tiempo un ojo sobre las cartas en juego–. No soy supersticioso. De hecho, me gusta tenerte ahí.

Sintiéndose desmesuradamente feliz por el comentario, en particular después del encuentro desagradable con Jeff, le apretó levemente el hombro.

La calidez fluyó con fuerza cuando él le cubrió brevemente una mano con la suya, entrelazándole los dedos.

La sensación de sus dedos no la abandonó ni al avanzar la velada. Se preguntó si su contacto le provocaría sueños tórridos otra vez. Esperó que desterrara las pesadillas que sólo Jeff era capaz de inspirar.

Capítulo Cinco

La idea era cansarse lo suficiente como para dormir. Hawk sabía que ésa era la única razón de encontrarse de vuelta a las mesas de póquer hasta pasadas las dos de la mañana. Tal como había hecho antes, ganó. Pero ése no era su objetivo.

Ni siquiera consiguió dormitar hasta las cuatro. Mientras recorría la habitación y abría una lata de cerveza, se dijo que bien podría haberse quedado jugando al póquer. Se detuvo ante los ventanales para contemplar el intenso resplandor de las luces del Strip. Abajo, en la calle, tanto el tráfico de personas como de coches, era casi tan intenso como el de la tarde. Bebió un trago de la cerveza fría.

Sus pensamientos volvían continuamente a Ka-te. Suspiró. «Kate». Ni se dio cuenta de que había susurrado el nombre en voz alta ni que se había acabado la cerveza. Movió la cabeza distraído y tiró la lata a la papelera.

Anhelaba tanto estar con ella, que palpitaba por la necesidad y el deseo descarnado. Le dolían los dientes de tanto apretarlos.

Sabía que en esa ocasión era diferente.

Había llegado a la renuente comprensión que la única mujer con la que quería pasar su tiempo era Kate.

Y lo condenado del asunto era que Kate tenía problemas de hombres.

Daba la impresión de sentir más resentimiento que miedo por ese sujeto pesado... pero nunca se podía estar seguro de lo que pensaba o sentía otra persona. Vic le había dicho que Kate había echado al canalla de su apartamento por abusar verbalmente de ella. Y la noche anterior el tipo había distado de mostrarse agradable.

Frunció el ceño y se preguntó si el imbécil la estaba acosando. ¿Lo habría hecho desde que ella lo dejó? De eso hacía meses.

Cuando Kate se había reunido con él a la mesa de Blackjack aquella noche, había parecido diferente que cuando se separaron para jugar a cosas distintas. La había visto más callada y algo más reservada, en absoluto la mujer que con anterioridad había reído con tanta facilidad.

Los engranajes en la mente de Hawk giraban a toda velocidad. ¿Acaso ese imbécil se le había vuelto a acercar entre el tiempo que se habían separado y habían vuelto a reunirse? ¿Ella había ido a su lado en busca de protección? Era posible... y una vez que pensaba en ello, resultaba probable.

Confuso por el súbito cambio en el estado de ánimo de ella, se había retraído un poco. Había tenido tantas esperanzas de que se dieran un beso de verdad antes de que entrara en su apartamento.

Volvió a meterse entre las sábanas, pensando que más le valía dormir algo si al día siguiente quería estar lo suficientemente despierto como para captar algún leve cambio en su actitud, ya que iban a volver a verse.

En esa ocasión se quedó dormido en minutos.

Aquella mañana Kate entró en el despacho del señor Bender con andar pesado. El abogado era mayor, juzgó que próximo a los sesenta, y daba la impresión de ser el clásico prototipo de un caballero.

Le contó su problema y el señor Bender le hizo preguntas.

–¿Llegó a pegarle alguna vez, aunque sólo fuera una ligera bofetada?

–No –Kate movió la cabeza–. Pero... debo reconocer que hubo veces en que se puso muy violento, maldiciendo... y llegué a temer que pudiera hacerlo.

–Entiendo. ¿La amenazó alguna vez?

–No abiertamente –repuso–, pero sí de un modo vago e indirecto.

–No se preocupe, señorita Muldoon. La ley se ocupará de ese... –titubeó con los labios fruncidos como con disgusto–. De ese canalla.

Suspirando con resignación ante la situación en la que se encontraba, Kate salió por las puertas giratorias.

Directamente a la realidad. Su teléfono móvil sonó. Vaciló, observando el aparato como si pudiera saltar en el aire y morderla. No era un número que reconociera.

Los pensamientos se agolparon en su mente. Jeff... el muy canalla. Debía haberla seguido hasta el abogado.

Se preguntó qué hacer.

El teléfono sonó por tercera vez. Levantó la tapa, decidida a plantarle cara verbal y enérgicamente.

–¿Hola? –tenía la boca reseca y la voz aguda por la impaciencia.

–¿Kate?

De sus labios escapó un silencioso suspiro de alivio.

–¡Hawk! Me... alegra oír que eres tú. Lo pasé muy bien anoche –intentó olvidar la indeseable e inoportuna aparición de Jeff y las dudas que la asaltaban en ese momento.

–Me complace –comentó aliviado–. Me preguntaba si algo te habría molestado.

–En absoluto –expuso con tono firme–. Hacía mucho tiempo que no me reía como me he reído contigo en estas dos últimas veladas, Hawk. Fue

agradable –demasiado.

La verdad era que aunque quisiera negarlo, se sentía arder por dentro ante su proximidad. Trémula y sin aliento. Dos años atrás, al principio casi había sentido lo mismo con Jeff. En ese momento, la sensación era más fuerte, más intensa. No, no le gustaba para nada.

Se había considerado inmune a cualquier otro seductor. Porque Jeff había sido encantador y galante durante muchos meses, justo hasta que había aceptado irse a vivir con él, con el anillo en el dedo. Durante un tiempo se había sentido satisfecha. Pero la satisfacción había durado tres meses. Sintió que un sabor agridulce llenaba su boca. Primero se había vuelto posesivo, cuestionando cada acción de ella cuando no estaban juntos. Luego se había vuelto verbalmente abusivo, insultándola, acusándola de estar con otros hombres, incluido Vic.

Las sensaciones cálidas que habían anidado en su interior se transformaron en una fría determinación. No podía ni quería pasar otra vez por una situación similar.

Él aprovechó el último comentario de Kate.

–Entonces, ¿te apetece que comamos juntos?

No le quedó más remedio que sonreír y ciertamente hizo que se sintiera bien. Aparte de que no quería ni podía resistirse, aunque temiera llegar a lamentarlo.

–He de pasar por mi apartamento para cambiarme. ¿Quieres reunirte allí conmigo?

–Claro. ¿A qué hora?

Kate miró la hora y comprobó que aún no eran ni las doce y media.

–¿Te parece bien en cuarenta y cinco minutos? Comprendes que ni siquiera te voy a preguntar si Vic te dio el número.

La respuesta fue una risita.

–Nos vemos en un rato.

A los quince minutos, Kate entraba en su apartamento. Se quitó la chaqueta de camino al dormitorio. Se desprendió del resto de su traje, lo colgó en el armario y fue en línea recta al cuarto de baño con la idea de lavarse antes de maquillarse.

Se cepilló el cabello hasta dejarlo lustroso. Se maquilló con rapidez y fluidez, dejando una apariencia ligera y natural. De vuelta en el dormitorio, buscó en el armario uno de los trajes que sólo llevaba al trabajo cuando sonó el telefonillo.

¿Hawk? Miró el reloj despertador. Sólo habían pasado treinta y cinco minutos. Se puso una bata ligera y corrió al telefonillo.

–¿Sí? –preguntó con voz jadeante.

–¿Lista para ir a comer?

Sintió un aleteo en el estómago y la garganta atenazada.

–Ehh.... –comenzó–, no del todo.

–No pasa nada, esperaré.

–No tienes que hacerlo en el vestíbulo –se sintió insegura de invitarlo a subir. No obstante, lo hizo–. Te abriré. Estoy en el apartamento de la segunda planta. Simplemente, entra. Estaré lista en unos minutos.

–Entendido.

Pensando que debía estar loca, le abrió la puerta de entrada y corrió de vuelta al cuarto de baño, cerrando detrás de sí.

Oyó que la puerta de entrada se abría y la voz de Hawk:

–Ya estoy aquí, Kate. Tómate tu tiempo. No tengo prisa.

Mientras se abrochaba el cinturón, Kate tuvo que sonreír. Hawk era, o al menos aparentaba ser, tan agradable. Pero de inmediato se recordó que las apariencias eran engañosas. Suspiró, plenamente consciente de que ella sabía eso por experiencia propia.

Al entrar en el salón, lo vio de espaldas a ella, hojeando los libros de su biblioteca de cinco estanterías. Desde ese ángulo se lo veía magnífico.

–¿Ves algo que te gusta? –preguntó, ruborizándose sólo de pensar en su apretado trasero.

Él se volvió con una sonrisa antes de contestar.

–Ahora sí.

La estudió despacio y Kate sintió que se le resecaba la garganta y que se le humedecían otros puntos en los que no quería pensar en ese momento.

–¿Listo? –le preguntó quizá con cierto exceso de entusiasmo.

–Listo para cualquier cosa –respondió con un tono próximo a un ronroneo–. ¿Y tú?

«Yo también». El pensamiento escapó por su mente y de inmediato lo desterró.

–Mmm... –ganó tiempo mientras intentaba pensar en una respuesta–. Bueno, si no te importa –improvisó–, no estoy preparada para la comida... al menos no en un restaurante –esbozó lo más parecido a una sonrisa–. Tengo que pasar casi el resto del día en uno.

Él se encogió de hombros.

–De acuerdo. ¿Qué preferirías hacer?

No necesitó reflexionar en eso.

–Hace un día tan apacible y hermoso. Me gustaría pasar un tiempo al aire libre. ¿Qué te parece? –lo observó meditar unos segundos en su sugerencia.

–Que es una gran idea –enarcó una ceja–. ¿Te gustan los perritos calientes?

Kate tuvo que sonreír.

–Me encantan, en especial llenos de chile.

–Bueno... –comentó él despacio–, ¿qué te parece si vamos a la ciudad, aparcamos y damos un paseo por el exterior de los hoteles? Algunos de esos terrenos son hermosos. Cuando estemos preparados, podemos entrar en uno de los comedores, pedir nuestros perritos y, si aún tenemos tiempo, quizá echarle un vistazo a algunas de las tiendas elegantes –Kate se detuvo y lo miró como si le hubieran salido dos cabezas–. ¿Qué? –frunció el ceño.

–¿Te gusta ir de compras? –logró fingir asombro.

La expresión de él se volvió irónica.

–No iría tan lejos como para decir que me gusta, pero no me importa hacerlo de vez en cuando... dos o tres veces al año –le sonrió.

Le devolvió la sonrisa moviendo la cabeza.

–De acuerdo. Pongámonos en marcha antes de que cambies de parecer.

–Buena idea –como ajeno al movimiento, Hawk le tomó la mano y la condujo al exterior.

La mano de Kate hormigueó mientras descendían en el ascensor hasta la planta baja. Cuando las puertas se abrieron, en el acto se sintió fría y enfadada por la visión que se encontró.

Jeff... ¿Qué hacía ahí? Su temor anterior retornó. Vio que alzaba la mano para llamar al telefonillo de uno de los apartamentos. Sintió que Hawk se ponía rígido a su lado, como si se preparara para una pelea, ya fuera verbal o física.

–¿Qué haces aquí, Jeff? –preguntó, apretándole la mano a Hawk para indicarle que mantuviera la calma.

–Vine a invitarte a almorzar –respondió Jeff con un tono de voz vejatorio–. Pero veo que ya has comido.

Levantó la cabeza con determinación, impulsada por el orgullo y la ira ante el insulto implícito. Con un sonido bajo, casi un gruñido, Hawk dio un paso al frente.

–No –ella tiró de su mano para contenerlo–. No vale ni tu tiempo ni tu energía –miró a Jeff con desagrado–. Ayer fui a ver a un abogado. Va a presentar una orden de alejamiento contra ti.

–Zorra –bramó Jeff–. ¿Y crees que eso debería preocuparme? –rió con desdén–. Debería haberte enseñado hace tiempo quién manda aquí.

–Canalla cobarde –dijo Hawk con voz muy suave, controlada y, al mismo tiempo, aterradora. Volvió a avanzar al tiempo que soltaba la mano

de la de ella.

Kate le aferró el brazo con la mano libre, reteniéndolo a su lado.

–Te aconsejo que te marches, Jeff, mientras aún estás de una pieza –gruñó Hawk.

Aunque éste puso una mueca desdeñosa y una fachada de bravuconería, como si no le impresionaran el metro noventa y cinco de Hawk, le lanzó una mirada despectiva a Kate al volverse y abrir la puerta del vestíbulo; luego se detuvo para mirar atrás con clara expresión de miedo y furia antes de dirigirse a Hawk:

–No tienes idea del problema en el que te vas a meter. Tengo amigos en esta ciudad.

–Sí, sí –aceptó Hawk, en absoluto impresionado o intimidado–. Y todos ellos en lugares bien bajos, estoy seguro. Ya sabes lo que puedes hacer con tus amenazas o tus amigos. Piérdete.

La velocidad con la que fue hacia su coche dejó bien claro que el hombre alto sí lo había intimidado a él.

–Hijo de... –musitó Hawk, lleno de tensión y con la vista clavada en el otro mientras se alejaba. Sólo al perderse de vista la miró a ella–. No soy un hombre violento, Kate –expuso con voz aún colérica–. Pero sólo acepto esto, dejo que me empujen esto...

–Hoy no –ella sonrió con la esperanza de devolverle la tranquilidad.

–¿No? –él enarcó una ceja–. ¿Y quién lo dice? –la tensión y la furia habían desaparecido; sus ojos la provocaban.

–Yo... –movió la cabeza–. Lo que sea. Estoy lista para dar un paseo bajo el sol... Necesito una bocanada de aire fresco después de este desagradable encuentro .

Desaparecida la tensión, mantuvieron una pequeña discusión sobre el coche de quién iban ausar. Él ganó con el simple ofrecimiento de dejar a Kate en el trabajo puntualmente.

***

Las horas que pasaron juntos parecieron volar. Prácticamente charlaron todo el rato, salvo cuando devoraron los perritos calientes con chile, compartiendo una bolsa de patatas fritas y bebiendo té helado.

En una boutique en el Caesar's, estuvieron eligiendo una bufanda de cachemira, ya que Hawk quería regalarle una a su hermana Catriona por Navidad. Kate no titubeó en darle su opinión.

–Ésta es preciosa. Perfecta para el invierno –alzó una de brillantes tonos de verde bosque, rojo y oro.

Los dedos finos de él acariciaron la extensión del suave tejido.

Como si la estuviera tocando a ella, la espalda de Kate experimentó un ligero hormigueo al ritmo del movimiento de sus dedos. Respiró rápidamente antes de preguntar:

–¿Sí? ¿No?

Él asintió.

–Creo que tienes razón. Es perfecta. ¿Hay algo que quieras mirar?

–No –movió la cabeza.

–¿No te gustaría una de estas bufandas para ti?

–Me encantaría –comentó–. Pero mi presupuesto para ropa no llega hasta nada de cachemira.

Por la expresión que aleteó unos segundos en la cara de él, durante un momento temió que le ofreciera comprarle una de esas preciosas bufandas. Suspiró aliviada cuando no lo hizo.

–¿Estás lista para irte, entonces?

–Sí –dijo, contenta de que no hubiera hecho un ofrecimiento que habría tenido que rechazar.

Apenas notó que caminaban por el exterior hasta que se detuvieron ante el coche que Hawk había aparcado. Sólo entonces miró el reloj por primera vez desde que salieran de su apartamento.

La invadió una extraña sensación de tristeza cuando Hawk la condujo al restaurante de Vic. El día juntos ya casi había acabado. Dudó de que fuera a haber otro, porque las vacaciones de él acabarían pronto y regresaría a su rancho.

–He pasado un día fantástico, Hawk. Gracias.

–De nada, Kate –con la mano en el pomo de la puerta, la miró mientras salía del coche con una cálida sonrisa en la cara. Se inclinó hacia ella.

Sin pensárselo, Kate fue a su encuentro.

El beso de Hawk fue tan suave como su sonrisa, y delicado, sin un apetito súbito, ni presión o exigencia.

Naturalmente, Kate quiso más, mucho más. Era evidente que también Hawk. A regañadientes se apartó de ella con un gruñido de protesta ronco.

Respiró hondo. La miró directamente a los ojos y dijo sencillamente:

–¿Cuándo?

Kate no necesitó interrogarlo más. Sabía perfectamente a qué se refería. La deseaba. Siempre sincera consigo misma, reconoció que lo deseaba con igual ardor. Pero... ¿Por qué invariablemente tenía que haber un pero? No obstante, ahí estaba. Sentir que lo conocía de toda la vida no cambiaba el hecho de que lo había conocido hacía menos de una semana, y en realidad no conocía al hombre interior, sin adornos

sociales.

–¿Kate?

Al oír el sonido suave de su voz, parpadeó y lo miró a los ojos directos.

–Lo siento, Hawk –dijo con decepción en la voz–. Yo... no estoy segura... yo...

–Shhh –la tranquilizó, alzando una mano para posarla sobre su mejilla–. Está bien. Puedo esperar –esbozó una sonrisa humilde–. Bueno, creo que puedo esperar –la sonrisa se tornó burlona al añadir–. Sufriré en agonía silenciosa.

Kate rió, aunque sentía ganas de llorar.

–De verdad que no es necesario que vengas a buscarme esta noche. Vic me llevará a casa.

Ahí estaba su débil declaración de independencia. Hawk la observó un momento, pero supo que tenía que entenderlo. Se sentía presionada y le pedía que le concediera algo de espacio.

Le dedicó una sonrisa irónica y rodeó el coche hacia el asiento del conductor.

–¿Puedo llamarte esta noche, después de que llegues a casa del trabajo?

–Sí, por supuesto –miró la hora–. He de irme, Hawk, o llegaré tarde.

–Esta noche.

–Esta noche –repitió ella, suspirando cuando él se sentó al volante y cerró la puerta.

Llegó a Vic's justo a tiempo, aunque sabía que su jefe no le habría dicho nada por unos minutos de retraso. Así como él era flexible... no hacía que ningún empleado tuviera que fichar; ella era una maniática de la puntualidad. Llegar tarde no figuraba entre uno de sus defectos.

Mientras colgaba la chaqueta en el perchero, se preguntó qué tenía de estupendo ser puntual. Le iría mucho mejor si fuera dura, ya que de esa manera habría llevado hace tiempo a Jeff a los tribunales por abuso y acoso.

Pero no lo había hecho. Había tratado de razonar con él. Para lo que le había servido. Desde el principio debería haberse dado cuenta de que era imposible razonar con ese canalla inmoderado y narcisista.

Además, sabía que Jeff ignoraría cualquier orden de alejamiento y haría lo que le apeteciera, lo que significaba la continuidad del acoso para ella, en particular después de que Hawk se marchara a casa.

Sólo podía hacer una cosa. Aunque lo había pensado muchas veces, en ese momento tuvo la certeza de que debía marcharse de Las Vegas. Había

postergado la decisión porque le gustaba el lugar, su trabajo y la gente con la que trabajaba. Y adoraba a Vic, Lisa y Bella, a los que consideraba familia.

Sin embargo, y a pesar de lo que anhelaba quedarse, no podía poner a sus amigos en peligro. Suspiró apesadumbrada y aceleró el paso hacia su puesto detrás del atril de recepción para relevar a la mujer mayor que trabajaba a tiempo parcial recibiendo a los comensales.

Temía que el día pasara lentamente lleno. No fue así. El restaurante se hallaba tan ocupado, que el tiempo voló. También esperó que Hawk se presentara para cenar. Pero no apareció. No sólo se sintió decepcionada, sino que se preguntó dónde y con quién podría pasar esa velada.

Después de cerrar el restaurante, Vic la acompañó al coche.

–¿Estás bien, Kate? –preguntó preocupado–. Esta noche te has mostrado muy callada.

–Estoy bien –respondió, logrando mostrar una sonrisa–. Al menos lo estaré hasta mañana.

Ceñudo, le abrió la puerta del coche.

–¿Qué va a pasar entonces?

Ella suspiró.

–Jeff me ha estado molestando otra vez –le tocó el brazo para tranquilizarlo al ver que se ponía rígido–. Está bien, Vic. No ha pasado nada. Hawk estuvo conmigo en todo momento.

Vic enarcó una ceja.

–¿Y no pasó nada? ¿Hawk no hizo nada?

Sonrió levemente.

–No pudo. Yo lo detuve.

Vic rió.

–Sí, claro. Cariño, si Hawk hubiera querido ir por él, no habrías sido capaz de detenerlo.

–Se lo pedí por favor –le dedicó una sonrisa dulce y aleteó las pestañas.

–Claro –Vic sonrió–. Puedo ver que eso habría detenido incluso a Hawk –moviendo la cabeza, la condujo al coche. Aunque ella sabía que él bullía con preguntas, no le hizo ninguna durante el trayecto a casa.

Nada más entrar en el apartamento, sonó el teléfono. Hawk. Dejó el bolso en una silla y corrió hacia el aparato.

Capítulo Seis

–¿Hola? –de algún modo, logró mantener la voz serena, ocultando la ansiedad que la embargaba.

–Lo siento, Kate.

Se quedó paralizada y agarró con fuerza el auricular.

–No pienso hablar contigo, Jeff.

Antes de poder colgarle, él continuó:

–Por favor, Kate, escucha. Hablo en serio. Siento muchísimo lo que te dije hoy en el vestíbulo. Me sentí muy aturdido al verte salir del ascensor con aquel hombre, yo... –calló como si quiera recobrar el aliento.

Ella frunció el ceño. Había oído un ruido raro. ¿Estaría llorando? ¿Jeff? ¡Ja! ¿Acaso ella misma se había vuelto loca?

Él continuó farfullando.

–Nena, yo...

–Ye te he dicho una y otra vez que no me llames de esa manera –lo cortó.

–Lo sé y lo siento. Lo olvidé. Cielos, Kate, te amo tanto que no puedo soportarlo.

–Jeff. Orden de alejamiento –luchó por mantener la paciencia–. No tengo nada que decirte salvo que me dejes en paz.

–¡Maldita seas, Kate!

En ese momento sonó la señal de una llamada en espera. La invadió el alivio.

Hawk.

Debía deshacerse de Jeff.

–Tengo otra llamada. Voy a cortar.

–Kate, lamentarás mu...

Kate apretó la tecla que parpadeaba. Respiró hondo y dijo:

–¿Hola?

–Hola –fue la respuesta suave e íntima.

Con un temblor involuntario tras la nota desagradable en la voz de Jeff, se dejó caer en un sillón junto a la mesilla del teléfono y acurrucó las piernas con la intención de frenar los temblores.

–Hola –respondió con toda la calma que pudo mostrar–. ¿Has tenido una buena noche?

–¿Quieres una respuesta cortés o la verdad?

Kate sonrió con gesto trémulo.

–La verdad –«o tal vez no», pensó, pero era demasiado tarde para cambiar de parecer.

–Bueno... –él suspiró–. Cené... solo. Fui a la piscina... solo. Jugué un poco al póquer. Gané... solo –volvió a suspirar con sonido pesaroso y abandonado–. Me eché una siesta... solo –ese último comentario fue seguido por un gemido.

Kate tenía la mano sobre la boca para contener la carcajada.

Él continuó:

–Tomé un refrigerio tardío... solo. Jugué al blackjack... solo –carraspeó con un tono de humor–. Volví a ganar... solo. ¿Lo vas captando?

Ella abrió la boca, pero él no aguardó una respuesta.

–Maldita sea, Kate, te he echado muchísimo de menos todo el tiempo.

Ella ya no pudo contenerse y soltó la carcajada.

–Claro, puedes reír –gruñó Hawk, a punto él mismo de soltar una risita–. Tú tuviste amigos y clientes a tu alrededor todo el día con los que poder charlar. Hasta es probable que coquetearas con algún anciano y amable caballero. He visto cómo te miran cuando vas hacia las mesas.

–¿Qué? –parpadeó. La confusión desterró el recelo–. ¿De qué hablas? ¿Qué ancianos y agradables caballeros?

–Los que vienen con las agradables damas mayores que no prestan atención –respondió antes de aclarar–. Quiero decir, los clientes habituales que he visto cada vez que he estado allí.

Le pareció divertido porque jamás lo había imaginado.

–Y también los jóvenes –continuó él–, cuando sus citas o esposas no prestan atención –rió brevemente–. Últimamente los he estado mirando con ojos inquisidores.

–¿En serio? –inquirió, complacida y sorprendida–. ¿Por qué?

–Había esperado ser el único en contemplar el gentil y sensual balanceo de tus caderas –murmuró.

De repente, Kate sintió que todo su cuerpo se encendía. Respiró hondo y soltó el aire despacio, desterrados todos los pensamientos sobre Jeff.

–¿Kate? –¿Sí, Hawk? –su voz apenas sonó más que un suspiro a través de labios súbitamente secos. –¿Cuándo? Tragó saliva y miró su reloj de pulsera. –Hawk, es casi la una de la mañana. –Sí, lo sé... y estoy hambriento. «De ti». No hizo falta que lo dijera. Kate lo oyó alto y claro. Sin permitirse titubear ni analizar, murmuró: –Yo también, Hawk –hambrienta y asustada. –¿Entonces? –inquirió con voz serena, sin atisbo alguno de presión. Kate se humedeció los labios, tragó saliva de nuevo y dijo: –¿Cuándo puedes llegar aquí? –En unos

veinticinco minutos, quizá menos si el tráfico ha disminuido –respondió en el acto, con electricidad sexual crepitando en su voz. –Estaré contando los minutos. –Voy para allá –cortó. Decidida a eliminar de su cabeza las amenazas no tan veladas de Jeff, colgó el auricular y desconectó el aparato de la clavija de la pared. Sacó el móvil de su bolso y también lo apagó antes de irse al dormitorio.

Disponía de suficiente tiempo para darse una ducha rápida y ponerse algo más cómodo. El simple hecho de pensar en eso hizo que sonriera mientras se desvestía e iba al cuarto de baño. Deshaciéndose de la ropa, entró en la ducha con cuidado de no mojarse el cabello.

Se sentía excitada pero también nerviosa. Hacía tiempo que no estaba con un hombre y, la verdad, nunca había considerado que el acto sexual fuera la panacea que pensaban todos.

¿Y si decepcionaba a Hawk? Por otro lado, ¿y si era él quien la decepcionaba? Lo imaginó. De algún modo, dudaba de que pudiera decepcionar a alguna mujer.

Se preguntó por qué adoptaba esa postura en ese momento con ese hombre en particular. Muchas veces le habían hecho propuestas. ¿Por qué Hawk? Sí, era atractivo, masculino y la hacía reír.

La hacía sentirse a salvo y segura.

¿Era motivo suficiente para irse a la cama con un hombre? Prácticamente eran desconocidos... sin embargo... Desterró esos pensamientos al salir de la ducha y meter la toalla mojada y la ropa en el cesto de la colada.

Abrió un cajón de la cómoda y sacó un camisón. No. Se preguntó por qué molestarse mientras se enfundaba una túnica de seda, mangas anchas y que le llegaba hasta la rodilla. Se dijo que si iba a hacerlo, lo mejor era hacerlo bien. Se alisó el cabello ante el espejo.

Movió la cabeza ante la idea del maquillaje.No. Nada de artificio. Ése era el aspecto que tenía. Para Hawk McKenna tenía que ser todo o nada.

Sonó el telefonillo de la calle. Se quedó paralizada y observó ceñuda su reflejo. Quizá debería aplicarse un poco de maquillaje, aunque sólo fuera colorete.

Se dijo que ya no había modo de dar marcha atrás mientras salía del dormitorio. Respiró hondo y corrió a abrirle la puerta del vestíbulo.

Al siguiente instante la embargó el pánico. ¿Y si no era Hawk? ¿Y si se trataba de Jeff que volvía a amenazarla físicamente?

Sonó el timbre. Rígida, preguntó:

–¿Hawk?

La respuesta de él fue suave:

–¿A quién esperabas? ¿Al lobo?

«Casi», pensó. Esbozando una sonrisa, le abrió la puerta con una ceja enarcada.

–¿Es que no lo eres? Me refiero al lobo –terminó de abrir la puerta y se hizo a un lado.

Después de entrar, él cerró, echó el cerrojo, tiró a un lado la cazadora que llevaba y se apoyó en el marco. Su mirada encendida estudió cada centímetro del cuerpo de ella.

–Ojalá lo fuera –murmuró, salvando la breve distancia que los separaba–. Desde luego tienes un aspecto tan apetitoso.

–Mmmm... eh... ¿te apetece beber algo? –tenía la boca reseca y la voz baja y ronca.

Él le tomó la boca poniendo fin a la pregunta. Su beso fue tan suave, gentil y delicado como antes... por un momento. Con un suave gruñido nacido del fondo de su garganta, le separó los labios con la lengua y entró hasta probar cada parte de esa boca antes de penetrarla más.

Temerosa de que le fallaran las piernas, lo abrazó por la cintura como si en ello le fuera la vida. Ahogándose en las sensaciones del beso acalorado, subió las manos por su torso y cerró los brazos en torno a su cuello.

Sin liberarle la boca, lentamente se incorporó en toda su imponente estatura y la alzó con él. Con los pies colgándole unos treinta centímetros del suelo, la transportó al dormitorio y cerró la puerta con un empujón del pie.

Siguió besándola y teniéndola embelesada al tiempo que bajaba la mano al nacimiento de sus glúteos y la pegaba a él.

Su objetivo era evidente y tuvo éxito. Kate sintió la dureza plena de él. Perdida en ese mundo incandescente de sensualidad, necesidad y deseo, no retiró las caderas.

–Lo sé –dijo él ante el movimiento repentino de ella, acabando el beso para dejar que ambos recobraran el aliento.

Kate respiró hondo antes de intentar hablar.

–¿Qué crees que deberíamos hacer al respecto? –inquirió, sorprendiéndose a sí misma con esa respuesta descarada. Nunca antes se había sentido de esa manera, y desde luego jamás con... oh, se dijo que al infierno con él. Era un cero a la izquierda comparado con Hawk. Punto.

–Supongo que se me podrían ocurrir algunas cosas –habló con los labios casi pegados a los de ella–. Podríamos empezar perdiendo la ropa –con la lengua le provocó un hormigueo en la comisura de los labios.

Jamás se había imaginado que un contacto tan simple podría causar

una sensación tan ardiente. Estaba impaciente por averiguar qué más se había perdido. Ansiosa por aprender, le enmarcó el rostro con las manos y susurró:

–Más, por favor –con ansiedad le atrajo la boca hacia la suya.

Hawk se mostró presto a satisfacerla. En esa ocasión el beso no fue tan prolongado, pero sí igual de poderoso. Con respiración profunda y entrecortada, él susurró:

–Voy a estallar fuera de estos vaqueros si no me los quito pronto.

Kate bajó los brazos y dio un paso atrás, mirando directamente el punto que él indicaba.

–Eso quiero verlo –murmuró.

Zapatos, calcetines y pantalones desaparecieron antes de que Hawk respondiera.

–Bueno, no hablaba literalmente –la devoró con la mirada mientras metía la mano en uno de los bolsillos de los vaqueros, extraía un envoltorio y lo dejaba sobre la mesita de noche.

Kate respiraba con ligeros jadeos. Sentía la garganta reseca. Curiosa, no experimentó pudor en bajar la vista a los bóxers y dejó de respirar al ver la intensidad del bulto que los tensaba. Trató de tragar saliva y tuvo que volver a intentarlo. Ni siquiera llegó a ver cómo se quitaba el polo.

–No es justo –dijo él con una voz que parecía reseca después de días en el desierto–. Soy yo el único que se desviste.

Kate alzó la vista, vio ese torso ancho de abdominales planos y pectorales desarrollados y parpadeó al acercarse. De inmediato bajó la vista cuando Hawk se desprendió de los bóxers.

¡Santo cielo! Era grande y de una belleza absoluta y proporciones perfectas. A regañadientes devolvió la vista a su cara, viendo que él la estaba observando también, como si estudiara la reacción que reflejaba ante su desnudez.

–Eres... eres tan hermoso –susurró sin dejar de mirar esos ojos ardientes como brasas.

–Los hombres no son hermosos –su voz reflejó un tono de placer ante el cumplido.

–Claro que sí –desterró la negativa de él con un movimiento displicente de la mano–. Al menos tú lo eres –titubeó un momento antes de soltar–: En cualquier caso, yo creo que lo eres.

Hawk se acercó y las manos se dirigieron hacia el cinturón de la bata de ella.

–Estoy en desacuerdo contigo, pero confieso que me gusta oírlo –deshizo el nudo y con gentileza le abrió la bata para dedicarle un

examenlento a su cuerpo–. Ésta sí que es mi definición de hermosura –quitándole la bata de seda, la dejó caer al suelo.

Kate estaba ardiente y fría. Temblaba en la superficie del cuerpo, pero en su interior ardía un fuego intenso.

–¿Hawk? –fue la única palabra que pudo salir de su garganta reseca. Bastó.

–Lo que tú quieras, Kate. Lo que tú quieras –murmuró, apartando el edredón y alzándola en brazos para depositarla en el centro de la cama. Al siguiente instante estuvo junto a ella y la atrajo al calor y la dureza de su cuerpo.

–Otro beso –dijo ella, moviéndose con él mientras se tumbaba boca arriba y la colocaba sobre su torso. Le acunó el rostro y despacio le bajó los labios. La lengua estaba lista para la unión de las bocas y enloquecerla un poco más.

Sintiendo cómo una columna de llamas que ardía sólo por él, tembló ante la exploración íntima del cuerpo... de cada centímetro del cuerpo. Y en todo momento le murmuraba lo que le haría a continuación, haciendo que su expectación, excitación y deseo subieran más y más.

Con respiración igual de entrecortada y gemidos suaves, le devolvió beso por beso, caricia por caricia... disfrutando con los sonidos guturales que le provocaba.

–Eso es tan agradable –susurró cuando al fin ella lo tomó con la mano, maravillada con el grosor y la extensión de su miembro–. Pero ten cuidado. No vayas muy lejos.

–¿Estás seguro? –no necesitaba preguntarle a qué se refería; lo sabía muy bien. No obstante, obedeciendo un impulso travieso, descendió por su cuerpo ya húmedo por el sudor y lo rodeó con la boca.

El cuerpo de Hawk se sacudió como si hubiera recibido la descarga de un cable eléctrico.

–Kate... yo... –la voz cedió a un gemido y se arqueó hacia ella mientras lo lamía–. Maldita sea, Kate. Tienes que parar ya –con manos gentiles la tomó por los hombros y le subió el cuerpo por el suyo.

–Pensé que eso podría gustarte –musitó con la misma voz traviesa que antes la llevó a provocarlo.

–¿Gustarme? –respiró hondo y los hizo rodar hasta quedar encima de ella–. No tienes ni idea. Me encantó.

–Pero... –comenzó, disfrutando aún más de la provocación.

–Pero quiero estar dentro de ti –acomodó el cuerpo entre ella.

Kate suspiró mientras lo observaba romper el envoltorio y enfundarse el preservativo. Arqueó las caderas mientras Hawk se deslizaba dentro de

ella despacio, muy despacio, uniéndolos como si fueran una sola persona.

Suspiró de puro placer cuando él inició el ritmo constante que creció lentamente hasta convertirse en una poderosa tensión enroscada en su interior.

Aferrándolo por las caderas, lo introdujo más en su cuerpo trémulo hasta que con un grito suave la tensión se quebró e hizo que se fragmentara en el orgasmo.

Un momento más tarde, oyó a Hawk exhalar un sonido ronco con los dientes apretados y sintió el temblor de su cuerpo al estallar dentro de ella.

Con un suspiro pesado, se acomodó encima de ella, con la cara a un lado del cuello. Kate, extenuada, ahíta, le acarició suavemente los hombros, la espalda, y le besó la frente en agradecimiento por el placer que le había proporcionado, un placer que nunca antes había experimentado.

Suspiró con absoluta satisfacción.

–Sí –musitó él con total comprensión–. Esto nunca había pasado antes.

Me refiero a un orgasmo tan fuerte –murmuró próximo a su oído antes de comenzar a morderle el lóbulo de la oreja–. Pensé que me iba a estallar la cabeza. Eres algo especial, ¿lo sabías? –riendo entre dientes, la besó de un modo que fue tan ardiente y excitante como antes.

Con pereza, Kate se preguntó de dónde sacaba ese hombre la energía. Sintiendo que volvía a excitarse contra el vértice de sus muslos, notó como si toda ella se volviera líquida. ¿Cómo era posible que estuviera preparado otra vez tan pronto? Aunque a ella le sucedía lo mismo. Se movió contra la erección que la presionada.

–¿Más? –preguntó él con tono esperanzado y suave.

–Oh, sí, por favor –la sorprendió la respuesta inmediata y suplicante.

En esa ocasión Hawk se tomó su tiempo. Despacio y relajado, la acarició, besó cada centímetro de su cuerpo, deteniéndose en los pechos con enloquecedora atención.

Frotándose sensualmente contra él, con gemidos bajos de placer, le introdujo los dedos entre el pelo y lo mantuvo contra ella mientras arqueaba la espalda.

–¿Así? –inquirió él, pasando la lengua por un pezón.

Kate apenas logró emitir un suspiro.

–Oh, sí –sin advertírselo, se pegó contra él hasta que pudo escabullirse de debajo.

–¿Qué...?

–Shhh –se puso de costado para mirarlo–. Yo también quiero jugar –se acercó y con suavidad le besó una tetilla.

Hawk contuvo el aliento y luego lo exhaló con una carcajada.

–He dicho que podíamos hacer lo que quisieras. Mi cuerpo es tu campo de juegos el resto de la noche.

Ella también rió mientras le acariciaba el torso.

–Suena tentador, pero dudo que dure tanto –la mano provocadora había encontrado su destino–. Y por tu tamaño, dudo que también tú puedas durar tanto.

La mano de Hawk también se movió para curvarse sobre la pequeña cintura y las caderas redondeadas hasta el centro de su feminidad. Los dedos exploradores le provocaron un jadeo repentino.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó ella–. Hawk, para. No puedo esperar mucho más. Te deseo ahora.

Colocándola boca arriba, se deslizó entre sus muslos y la penetró. A los pocos minutos ambos gritaron la liberación del orgasmo de forma simultánea.

En esa ocasión Kate tardó más tiempo en descender de la cumbre sexual. Poco a poco su respiración recobró la normalidad. Le sonrió a Hawk cuando éste rodó hasta quedar también boca arriba, la respiración todavía entrecortada.

–Ha sido fantástico –dijo él; giró la cabeza y le sonrió.

Aunque Kate se sonrojó, experimentó una profunda sensación de satisfacción y algo de orgullo. De hecho se sentía tan satisfecha, que le devolvió el cumplido con absoluta sinceridad.

–¿Sabes una cosa? Nunca, jamás, había experimentado algo ligeramente parecido a esto –agradablemente extenuada, se acurrucó contra el cuerpo cálido y húmedo y cerró los ojos.

–Eh, no te quedes dormida –se sentó–. Bueno, puedes hacerlo, pero no hasta que nos hayamos metido bajo una ducha.

Ella gimió en protesta cuando la tomó por los hombros para sentarla a su lado.

–Hawk, por favor. No quiero una ducha. Sólo quiero dormir.

–Oh, vamos, mi Kate –la persuadió, levantándose de la cama con ella en brazos–. Una ducha rápida y luego podrás dormir hasta que llegue la hora de ir a trabajar mañana –acunándola en sus brazos, se dirigió al cuarto de baño como si no sintiera cansancio alguno.

Dejó que las piernas de ella se deslizaran al suelo.

–Tienes una piel muy sedosa –le acarició los hombros.

–Gracias –tembló con la excitación que le provocaban sus palabras y caricias–. ¿Podemos ducharnos ahora? Estoy helada y sigo con sueño.

Él emitió un suspiro.

–Oh, de acuerdo –gruñó, volviendo a alzarla para meterse en la cabina de la ducha. Abrió el agua a su máxima potencia y durante unos minutos salió muy fría.

–¡Hawk! –chilló ella.

Le rodeó los hombros con los brazos y la pegó a su cuerpo aún cálido.

–¿Mejor?

Ella suspiró con el calor que todavía emanaba de él y con el agua que empezaba a templarse.

–Mucho mejor. Y ahora acabemos con esto.

Fiel a su palabra de una ducha rápida, de forma impersonal los enjabonó y los lavó a ambos. Tomándola por la cintura, la alzó de la ducha, la dejó sobre la toalla para los pies y se reunió con ella fuera.

Kate fue la primera en secarse. Corrió al dormitorio y se puso una camiseta de béisbol que le llegaba hasta los muslos que sacó de un cajón de la cómoda. Se deslizaba bajo el edredón arrugado cuando él salió del cuarto de baño.

Sonriéndole con suavidad, Hawk recogió sus bóxers, se sentó en el borde de la cama y comenzó a ponérselos. Al recoger los vaqueros, ella lo detuvo.

–¿Qué haces? –le preguntó.

Le lanzó una mirada curiosa, como si sus actos debieran ser obvios.

–Vestirme.

–¿Por qué? –frunció el ceño.

–¿Por qué iba a ser? –le devolvió la mirada ceñuda–. Para que puedas disfrutar del sueño del que te quejabas.

–No me estaba quejando –repuso indignada–. En cualquier caso, pensé que te quedarías, que dormirías conmigo –empezaba a sentirse dolida y ridículamente usada.

Él se quedó muy quieto.

–¿Quieres que me quede a pasar la noche contigo? –la esperanza se manifestó en su voz.

–¿No es lo que acabo de decir? –sonrió.

–Me has convencido –sonriéndole también, dejó caer los vaqueros al suelo y se metió en la cama a su lado–. Yo también tengo sueño. Se acomodó detrás de ella y sonrió al oír el suspiro suave de Kate.

Cálidos y acurrucados, se quedaron dormidos a los pocos minutos.

Capítulo Siete

Kate despertó y de inmediato fue consciente de tres cosas. La cama a su lado se hallaba vacía, el reloj en la mesilla ponía 11:42 y las tentadoras fragancias del café haciéndose y de las tostadas penetraban en el dormitorio.

Se sentía maravillosa, mejor de lo que había estado en un año o más. No había tensión ni un nudo en su interior, ningún miedo sobre lo que podría traer el día.

Se sentó, se estiró y descubrió el dolor en los muslos. Se encontraba rígida, lo cual le pareció lógico después de los ejercicios a los que se había entregado con Hawk. Se puso de pie junto a la cama y notó que la ropa y los zapatos de él no estaban. ¡Al menos no tendría que preocuparse de entrar en la cocina y encontrarlo desnudo!

Sonrió ante el simple hecho de pensar en él. Era un amante fantástico y un amigo gentil. La hacía reír y era fantástico el simple hecho de estar con él.

«Entonces, ve con él», se dijo. «Disfruta estando con él antes de que regrese a las montañas». Fue al cuarto de baño con cierta rigidez de piernas. Después de lavarse la cara y de cepillarse los dientes, se miró el cabello en el espejo. Un desastre. Demasiado hambrienta como para que le importara, regresó al dormitorio, pensando que a Hawk no le importaría.

Se puso una bata diferente, unas zapatillas de satén y se dirigió a la cocina. Hawk se hallaba junto a la encimera, con dos platos, un cuchillo, mantequilla y un bote de mermelada mientras quitaba con cuidado unas tostadas doradas del fuego.

–Buenos días, Hawk –dijo con voz baja–. ¿Has dormido bien?

Se volvió para mirarla y alargó un brazo en gesto de invitación para que se reuniera con él.

–Buenos días, Kate. Me encanta tu peinado –bromeó–. He dormido muy bien, gracias –añadió, pasando el brazo largo alrededor de sus hombros al tiempo que metía los dedos en los bucles caóticos cuando se aproximó–. ¿Y tú?

–Sí. Profundamente. Ni siquiera recuerdo soñar –enarcó unas cejas–. ¿Una de esas tostadas es para mí?

–Hay un precio –le sonrió.

–Mmm –fingió estar sopesando la oferta–. ¿Y cuál es?

–Un beso.

–Oh, de acuerdo –dijo impaciente–. Pero deberías sentirte más que complacido de que esté hambrienta –alzó los labios entreabiertos.

Rodeándola con fuerza con el otro brazo, aceptó la oferta silenciosa. Esperando uno de esos besos profundos y demoledores, la sorprendió gratamente recibir un saludo mañanero dulce y gentil.

–La tostada se enfría –dijo él, soltándola para ocuparse del pan. Kate exageró un mohín y Hawk rió–. No empieces nada. Tienes que ir al trabajo en tres horas.

Rieron juntos y de pronto a ella se le pasó por la cabeza que era algo que hacían mucho. Con Jeff apenas había reído... y rara vez juntos.

Se sentaron a la mesa de la cocina y charlaron de trivialidades, hasta acabarse las tostadas y dos tazas de café cada uno.

Entonces, Hawk retiró su silla. –Voy a irme para darte tiempo para que hagas lo que tengas que hacer antes de irte a trabajar.

Le dio un abrazo de oso y la besó hasta que la dejó mareada. Estaba sin aliento y extasiada cuando se apartó de ella para respirar.

–¿Quieres que te ayude con los platos? –le preguntó pasados unos momentos.

–No tienes que ayudar, Hawk –le dedicó una sonrisa sugerente–. Pero podrías darme otro beso, si no te importa.

–¿Importarme? –volvió a abrazarla–. Te mostraré lo que me importa –le tomó la boca y fue de su propiedad durante muchos segundos antes de devolvérsela–. Te veré esta noche en la cena, ¿de acuerdo? –le dijo con la garganta reseca–. Ahora mismo, será mejor que me largue antes de que haga algo de lo que jamás me arrepienta –giró y salió de la habitación seguido de una carcajada.

Después de ordenar la cocina, regresó al dormitorio para quitar las sábanas y ponerlas en la lavadora. Pero se detuvo junto a la cama y decidió hacerla. La fragancia de Hawk estaba impregnada en sus sábanas y quería dormir otra vez entre ellas, rodeada por su olor masculino.

Estaba a punto de irse al trabajo cuando sonó el telefonillo.

¿Hawk? Frunció el ceño al darse cuenta de que lo primero que le iba a la mente era su nombre. Se dijo que era comprensible.

Se acercó al aparato, apretó él botón y habló:

–¿Sí? ¿Quién es?

–Floristería –repuso la voz de un hombre joven–. Tengo una entrega para la señorita Kate Muldoon.

¿Hawk? ¿Ya? De pronto se encendió de placer.

–Bajo de inmediato –colgó el telefonillo, recogió el bolso para sacar unos dólares para la propina, luego abrió la puerta de la calle y bajó los escalones a la carrera, demasiado ansiosa para esperar el ascensor.

Un hombre joven se hallaba del otro lado de la puerta del vestíbulo con una sonrisa en la cara. Kate abrió la puerta.

–Hola. ¿Es para mí? –observó el ramo grande envuelto en celofán que sostenía en una mano.

–Sí. Espero que disfrute de las flores.

–Lo haré –respondió, entregándole la propina y cerrando la puerta al retroceder con las flores en la mano. De vuelta en el apartamento, fue a la cocina. Dejó el jarrón de color verde claro sobre la encimera y quitó con cuidado el celofán, revelando unas rosas de un rojo oscuro.

–Qué maravilla –musitó sin darse cuenta de que lo había susurrado en voz alta. Las rosas, sus flores favoritas, comenzaban a abrirse y cada capullo parecía perfecto.

De pronto se dio cuenta de que con el celofán había arrastrado la tarjeta que iba dentro. La abrió y el placer se transformó en furia al leerla:

Kate,

Siento muchísimo mi comportamiento desagradable de anoche y de cuando estábamos juntos. Lo que pasa es que te amo tanto, que el miedo a perderte me enloqueció y reaccioné mal. Lo sé, pero, por favor, te suplico que me perdones. Te amo y sé que tú también me amas. Y, por favor, no vayas a ver a un abogado. Perderías.

Jeff

Su primer pensamiento fue cómo pudo haber escrito tanto en una tarjeta tan pequeña. El segundo fue insultarlo profundamente.

Con el enfado transformándose en furia completa, rompió en pedacitos la tarjeta, la tiró al cubo de la basura y encima fueron las hermosas flores

Temblando, se obligó a respirar hondo y a soltar el aire despacio hasta que logró calmarse. Miró el reloj de pared y salió de la cocina. Debía ir a trabajar.

***

Hawk apareció justo unos minutos antes de su descanso para ir a comer. Verlo entrar en el restaurante e ir al atril de la recepción hizo que suspirara de alivio desde el fondo de su ser. Todo iría bien a partir de ese momento. El pensamiento la sobresaltó. «Pero sólo hasta que regrese a Colorado», se recordó.

–Voy a echarte de menos cuando no estés –soltó. Con esas palabras sorprendentes, una idea se formó en su cabeza. «Ridículo», se dijo, sacudiendo mentalmente la cabeza. «Olvídalo».

–Gracias, Kate –él le devolvió la sonrisa–. Yo también te extrañaré. Vas a cenar conmigo, ¿verdad? No voy a regresar a Colorado en este preciso momento.

Recuperándose todavía del impacto de su sonrisa, tuvo tragó saliva antes de poder contestarle.

Él recogió dos menús y enarcó una ceja.

–¿Cenarás conmigo?

–Sí, sí –rodeó el atril y lo condujo a una mesa.

–¿Sucede algo, Kate? –preguntó después de que ambos se sentaran–. Pareces distante, distraída.

–Un poco. Yo... –comenzó y calló cuando la camarera apareció para tomarles el pedido. Miró a Hawk. Extrañamente, parecía saber lo que le pedía.

–Los dos tomaremos el especial del día –dijo él, mirándola–. ¿Vino?

Le sonrió.

–No. Estoy trabajando –miró a Gladys, la camarera, una mujer de mediana edad con un gran sentido del humor–. Para mí café, Gladys. Antes de la cena, por favor.

–Apuntado –la mujer miró a Hawk–. ¿Y qué desea usted, señor McKenna?

–Yo también tomaré café, señora.

Al alejarse, Gladys quedó henchida de placer por el trato respetuoso que le dio.

–¿Qué sucede, Kate? –preguntó preocupado. Hizo una pausa antes de continuar–. ¿Es algo con lo que pueda ayudarte?

«Adelante», le dijo una voz en su interior. Respiró hondo y luego le explicó todo lo que había sucedido.

Concluyó diciendo que había roto la tarjeta y tirado todo a la basura.

–Hawk... yo... –calló cuando Gladys regresó a la mesa con una bandeja con los cafés, leche y azúcar.

–La cena estará lista en poco tiempo –les informó.

Kate añadió leche a su taza mientras se mordisqueaba el labio inferior al tiempo que reconsideraba la decisión de compartir su idea con él. Estaba segura de que si lo hacía, pensaría que había perdido la razón.

–¿«Hawk... yo»... ¿qué? –instó él con gentileza.

Kate abrió la boca, volvió a cerrarla, tragó saliva y luego preguntó con suavidad:

–Hawk, ¿te casarías conmigo?

***

La proposición de Kate lo dejó desconcertado. La miró en completo silencio durante un momento. Acababa de transmitirle los detalles del acoso y de las amenazas a los que la había sometido Jeff. Y luego esa súbita proposición.

–Kate... –comenzó, pero ella lo cortó.

–No –movió la cabeza–. Lo siento. No sé por qué... –la llegada de Gladys con sus respectivas cenas la silenció.

Reinició la conversación en cuanto volvieron a quedarse a solas.

–Hawk, olvida lo que... –fue el turno de él de cortarla.

–No, quiero que discutamos el tema –alzó una mano para impedirle hablar–. Cenemos. Hablaremos luego.

Kate no dijo nada. Se movió nerviosa. Se bebió el café de unos pocos tragos. Con el tenedor jugueteó con la cena, pero apenas la tocó.

Observándola, en silencio Hawk llegó a la conclusión de que era suficiente. Alargó la mano y la posó sobre la de ella, poniéndole fin a la mutilación del pescado que había pedido. Consiguió su objetivo, que había sido que lo mirara.

–Kate –empezó con suavidad y gentileza–, el pobre pescado ya está muerto. Cálmate y come. La comida está deliciosa –sonrió–. No querrás herir los sentimientos de Vic, ¿verdad?

Ella suspiró y él pudo ver cómo la tensión se evaporaba de su cuerpo rígido. –De acuerdo –le ofreció una sonrisa de disculpa.

Él se la devolvió antes de centrarse en su propia cena.

Lo satisfizo ver que ella se había terminado la mitad del plato y uno de los panecillos que había llevado Gladys.

–¿Postre? –le preguntó, limpiándose la boca con la servilleta–. ¿Más café?

–Café, nada más –sonrió con inseguridad.

Él también lo hizo, sintiéndose relajado y esperando que también ella se relajara.

–Café, entonces –antes de que pudiera girar la cabeza en busca de Gladys, ésta apareció, les rellenó las tazas, se llevó los platos vacíos y volvió a dejarlos solos.

Como había unos comensales en la mesa de al lado, Hawk mantuvo la voz baja.

–De acuerdo. ¿Qué es lo que sucede?

–Olvídalo –afirmó, moviendo la cabeza–. Sólo fue una idea estúpida. Nada más.

–Vamos, Kate –bajó la voz aún más–. Anoche fuimos amantes. Puedes contarme todo, incluida tu idea estúpida –le sonrió con dulzura–. Te prometo que no me reiré.

Los esfuerzos fueron fructíferos al recibir una sonrisa de ella.

–De acuerdo. Gracias, Hawk –respiró hondo como si quisiera obtener valor–. Te pedí que te casaras conmigo para largarme de Las Vegas una temporada y alejarme de Jeff. Lo siento. Estoy a punto de perder la paciencia y asustada. Ni me detuve a pensar en el hecho de que te estaría utilizando y eso es injusto.

–¿Por qué no denuncias a Jeff a las autoridades? –preguntó él de forma razonable.

–Lo hice –experimentó un escalofrío–. Debería haber hecho algo cuando siguió molestándome después de que lo echara. Me doy cuenta ahora. Pero estaba tan segura de que terminaría por rendirse y dejarme en paz, que consideré que la orden de alejamiento le pondría fin –suspiró cansada–. Ha sido mi error y lo estoy pagando ahora.

Hawk movía la cabeza.

–Pero ayer hablaste con el abogado. Llámalo a él o a la policía y cuéntales que Jeff te ha amenazado.

Ella negó con un gesto de la cabeza.

–No lo entiendes. Jeff me ha dicho que tiene contactos, amigos, algunos en el tribunal. Esto es Las Vegas. Algunos de esos amigos puede que no sean tan amistosos.

La expresión de él se tornó pétrea.

–¿De modo que decidiste marcharte de la ciudad una temporada... conmigo?

–No –volvió a suspirar–. La idea que se me ocurrió fue pedir que te casaras conmigo y seguir casada un tiempo, quizá meses, y asegurarme de que Jeff se enterara. Supongo que esperaba que pasado un tiempo lo dejaría y buscaría a otra mujer de la que abusar.

–Mmmm –murmuró él, analizando la explicación recibida–. ¿Y tu idea aportaba alguna información para mí acerca de cómo funcionaría esto?

Kate frunció el ceño.

Pensó que incluso ceñuda se la veía preciosa.

–¿Como cuál? –lo observó con los ojos entornados.

–Eh, pequeña, no me mires como si quisieras estrangularme –le devolvió la mirada de ojos entrecerrados–. ¿Sabes?, fuiste tú quien empezó esto.

Kate cerró los ojos y pareció desinflarse.

–Sí, lo sé. Lo siento, Hawk. Simplemente, olvídalo. Sé que no tengo derecho a volcar mis problemas en ti.

Convencido de que era un tonto, él sonrió y dijo:

–No he dicho que no lo haría, Kate. Sólo quería saber qué tenías exactamente en mente.

Capítulo Ocho

Kate quedó aturdida y no pudo hablar durante unos momentos.

–Yo... eh... como he dicho, pensaba en un acuerdo temporal de unos, digamos cuatro, seis meses.

Hawk enarcó las cejas.

–No estarás sugiriendo que nos casemos y nos quedemos en Las Vegas ese tiempo, porque en ese caso... –sólo pudo llegar hasta ahí antes de que ella lo cortara.

–No, claro que no –añadió con celeridad–. Sé que tienes que dirigir un rancho.

–Así es –afirmó antes de que ella pudiera proseguir–. Y voy a tener que regresar a él en unos días. De hecho, pensaba en marcharme este fin de semana...

–Oh... –musitó decepcionada. –No, no saques conclusiones precipitadas, Kate. Deja que termine, ¿de acuerdo? Ella asintió y con un gesto de la mano le indicó que continuara.

–Primero, aunque he dicho que estaba pensando marcharme este fin de semana, no tengo que hacerlo. Tengo un billete abierto –bebió un trago del café que empezaba a enfriarse–. Y ahora cuéntame qué tienes tú en mente.

–Gracias, Hawk –se apresuró a transmitirle los detalles antes de que él pudiera cambiar de parecer–. Si aceptas mi proposición, pensaba que podríamos casarnos aquí en Las Vegas, asegurándonos de que la noticia llegara a oídos de Jeff. Entonces, si lo desearas, tú podrías volver de inmediato a Colorado.

La estudió unos momentos.

–¿Y tú te quedarías aquí en Las Vegas? Eso no convencería a nadie.

–No, no. Si prefieres que no vaya contigo, encontraría otro lugar donde quedarme. Quizá en la granja de mi padre en Virginia, aunque preferiría no tener que ir allí.

–¿Por qué no? –inquirió–. Me parece razonable que vayas allí sin llegar a la farsa de la boda.

Kate empezaba a sentirse desasosegada. Hawk no iba a aceptar seguir adelante con su plan, que ella misma empezaba a creer que había sido estúpido desde el principio. Contuvo un suspiro y continuó la explicación:

–Mi madre murió cuando yo estaba en el instituto. No fui a la

universidad según lo planeado, sino que me quedé en casa para cuidar de la casa de mi padre. Me gustaba el trabajo. Cocinar, limpiar, informatizar la contabilidad de la granja –bebió un trago de café.

–¿No te molestó no ir a la universidad? –la observó por encima del borde del café.

–Oh, durante un tiempo, claro, pero lo acepté –sonrió–. No quería que mi padre tuviera que encargarse de todo el trabajo de la granja y de la casa él solo.

–¿No tienes hermanos?

–No, al menos no entonces. Ahora tengo dos, un hermano llamado Kent y una hermana, Erin.

Sonrió con comprensión.

–Tu padre volvió a casarse y descubriste que no eras la excepción que confirmaba la regla.

Kate frunció el ceño.

–¿A qué te refieres? ¿Qué regla?

–Que dos mujeres no pueden vivir en armonía en la misma casa.

–Lo intenté –repuso a la defensiva–. Bueno, quizá no lo bastante –le ofreció una sonrisa irónica–. Tenía todo tal como lo quería –suspiró–. Pero ya conoces el dicho... una escoba nueva barre...

–Mmm... –Hawk asintió–. De modo que te fuiste a lugares desconocidos, ¿correcto?

–Sí. Mi padre había insistido en pagarme, y como en realidad no había nada en qué gastarme el dinero, tenía bastante ahorrado –se encogió de hombros–. Metí mis cosas en mi coche y me fui a ver parte del país. Aterrice, prácticamente en la bancarrota, aquí en Las Vegas y tuve suerte –sonrió–. No en los casinos, sino al conocer a Vic.

–¿Y tus hermanos? –preguntó con una ceja enarcada.

–Oh, aguanté allí, con los dientes apretados, hasta que nació Erin. Es la menor.

–¿No te gustan los niños?

–Me encantan –respondió–. Lo que no quería era dedicar años a criar a los hijos de otra mujer, ni siquiera a ayudar, si quieres que te sea sincera.

–De acuerdo, así que no quieres volver a Virginia –indicó–. ¿Y eso fomentó la idea de ir a Colorado conmigo?

–Hawk, en serio, olvidémoslo –insistió, lamentando haber formulado la idea. Apartando la silla de la mesa, se puso de pie antes de que él pudiera ir a ayudarla–. Escucha, soy una idiota. Olvida que mencioné el tema. ¿De acuerdo?

–No –respondió con suavidad–. Sigo dispuesto a oír el resto de tu plan. Esta noche te estaré esperando atrás cuando vayas a buscar tu coche.

–Pero, allí estará Vic –protestó ella.

–¿Y? –encogió los hombros anchos–. Te diré hola y buenas noches –sonrió–. Es decir, si me permites seguirte a casa.

Como un ave Fénix, las esperanzas de Kate resurgieron de las cenizas de la derrota.

–De acuerdo, Hawk. No sólo puedes seguirme a casa, sino que puedes pasar a tomar una copa.

–Eso es hablar –corroboró–. Será mejor que te centres en el trabajo antes de que Vic te eche.

Le lanzó una última mirada antes de regresar a su puesto

Hawk se marchó poco después. No se detuvo ante el atril, sino que le lanzó un beso con los dedos sobre los labios.

–Nos vemos luego –dijo antes de salir del local.

***

Estaba impaciente. Quería que acabara de una vez. Sentía los nervios a flor de piel. Por suerte el resto de la noche transcurrió con celeridad. Sólo hubo un inconveniente.

Casi a punto de cerrar, sonó su teléfono móvil anunciándole un mensaje de texto. Era de Jeff y contenía la misma basura de antes:

Lo siento. Perdóname. Te amo. Y sé que tú también me amas. Así que no hagas nada estúpido y despide al abogado.

Fue a borrar el mensaje, pero decidió guardarlo. Se lo mostraría a Hawk. Quizá consiguiera convencerlo de que la ayudara.

Al cruzar el aparcamiento, lo encontró apoyado contra el coche de alquiler. No pudo evitar quedarse maravillada otra vez de lo apuesto que era.

Sintió que en su interior se abría un abismo de añoranza y deseo. Haber estado con él la noche anterior había sido más que lo que alguna vez había imaginado que sería hacer el amor con un hombre.

¿Amor? La palabra la sacudió y la detuvo en seco. No. Irguió los hombros. El amor era una ilusión; había descubierto eso de la forma más dura. Lo que Hawk y ella habían compartido había sido sexo, un sexo estupendo, pero sexo al fin y al cabo. Y con toda sinceridad, quería volver a compartirlo con él.

–Hola –saludó él, sacándola sin saberlo de sus cavilaciones–. ¿Qué

haces ahí de pie? –se irguió y avanzó hacia ella–. ¿Te encuentras bien? –Sí –respondió, obligándose a avanzar otra vez–. Estoy bien. Yo... eh... estaba pensando.

–¿Dónde está Vic? Creía que siempre te acompañaba hasta el coche –la suavidad en sus ojos se había visto sustituida por una expresión ceñuda.

–Está ocupado con papeleo. Iba a acompañarme aquí, hasta que le dije que tú me esperabas –sonrió y abrió la puerta del coche–. Creo que me iré a casa –añadió, sentándose detrás del volante antes de mirarlo–. ¿Vas a venir?

Hawk gimió.–Ésa es una pregunta insinuante, y yo no necesito insinuaciones.

Algo cohibida por el doble significado involuntario de la pregunta, se ruborizó. Se sintió tonta y mojigata. Sin saber cómo responder, arrancó el coche, puso la marcha atrás y comenzó a retroceder de la plaza.

Riendo en voz baja, Hawk fue a su coche. Kate lo vio entrar mientras pasaba a su lado y salía a la calle.

Justo cuando bajaba después de aparcar ante su casa, él se puso detrás de ella. El diablo seguía sonriendo.

–Te divierto, ¿no? –preguntó, contoneándose delante de él en dirección a la entrada del edificio.

–Oh, Kate, no tienes ni idea de lo que me haces –le susurró al oído. El corazón de ella pareció saltarse un latido y la respiración se le entrecortó. Dentro del vestíbulo la mano le tembló, por lo que le costó introducir la llave en la cerradura.

–¿Quieres que lo haga por ti? –la expresión de Hawk era sombría, pero en su voz había diversión.

–No, gracias –dijo ella con dientes apretados, apuñalando la cerradura con la llave, girando el pomo y cruzando el vestíbulo hacia el ascensor.

Agradeció el silencio de Hawk hasta que las puertas se cerraron y los aislaron en el habitáculo.

–¿Estás enfadada conmigo?

Sintiendo calidez por dentro, le lanzó una mirada centelleante.

–¿Intentas que me enfade? –su intención de sonar dura fue un completo fracaso.

El ascensor se detuvo con una leve sacudida, las puertas se abrieron y Hawk salió, volviéndose para ofrecerle una mano.

–¿Quieres venir? –su expresión era absolutamente risueña.

Ignorando la mano extendida y con la cabeza erguida, Kate pasó a su lado.

–A ver si creces, McKenna.

Él soltó una carcajada. No paró de reír mientras cruzaban el salón y llegaban a la cocina, donde Kate se detuvo, giró en redondo y plantó las manos en sus caderas.

–¿Quieres una copa o no? –demandó, tratando de controlar el tono de su voz.

–Sí, señora –aceptó él obediente.

Kate movió la cabeza.

–Eres todo un personaje, Hawk –el ceño fingido dio paso a una sonrisa reluciente.

Fue hacia ella mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba en el respaldo de una silla. Se detuvo ante Kate, le quitó el chal de los hombros y lo colocó sobre su chaqueta. Le alzó la cabeza con la mano y le frotó los labios entreabiertos con el dedo pulgar.

–Eso piensas, ¿eh? –musitó con voz sexy–. Bueno, pues yo también creo que eres todo un personaje. Alguien especial.

Los sentidos de Kate empezaron a volverse locos. Los labios le hormigueaban por el contacto, anhelaban el sabor de la boca de Hawk sobre la suya. Todo su cuerpo lo ansiaba. El nombre de él reverberó por su cabeza. Hawk.

Se sacudió mentalmente. Antes de cualquier otra cosa, debían hablar, discutir la sugerencia que en ese momento lamentaba que alguna vez hubiera pasado por su cabeza, por no decir habérsela mencionado.

–Eh... una copa –al apartarse de él para ir a la nevera tenía el corazón desbocado–. ¿Qué te apetece? ¿Cerveza, vino o algo más fuerte?

–¿Qué vas a beber tú? –sonrió.

–Bueno, como casi nunca tomo cerveza ni cosas más fuertes, me decanto por una copa de vino –abrió la puerta de la nevera y sacó una botella de vino blanco de California–. ¿Qué te sirvo a ti, Hawk?

–¿Tienes alguno tinto? –estaba demasiado cerca de ella mirando por encima de su hombro.

–Sí, en el anaquel que hay en el extremo de la encimera –suspiró aliviada cuando se alejó de ella.

Llevaron las copas al salón. Kate le indicó que se sentara mientras ella se descalzaba y se acurrucaba en un rincón del sofá. El pulso se le aceleró al ver que él elegía ocupar el otro rincón.

–De acuerdo –Hawk bebió un sorbo de su cabernet–. Dime exactamente qué tenías en mente.

Ella dejó la copa junto al sofá porque las manos volvían a temblarle.

–Lo hice, Hawk. Te pedí que te casaras conmigo.

Él enarcó una ceja.

–Kate, dime qué tenías en mente –repitió de forma concisa–. ¿Pensabas en un matrimonio de conveniencia o en uno puramente platónico?

–Oh, no –expuso en el acto–. Yo... Ni soñaría con pedirte algo así. Había pensado, como parecía que nos llevábamos tan bien, que podríamos estar juntos durante unos cuatro a seis meses.

–¿Vivir juntos, trabajar juntos, compartir la misma cama durante medio año? ¿Y luego seguir nuestros respectivos caminos sin rencores?

Sintió que el rostro se le encendía y deseó apartar la mirada de los ojos directos de él, pero respondió:

–Sí.

Hawk guardó silencio unos momentos mientras no dejaba de observarla, como si quisiera penetrarle el alma. Ella contuvo el aliento.
–De acuerdo, trato hecho –sonriendo, alzó la copa en señal de brindis silencioso. Trémula, Kate le devolvió el brindis con su propia copa. –Gracias –dijo de forma casi inaudible y tragó un sorbo de vino.

Con la copa prácticamente vacía en su mano izquierda, Hawk se deslizó por el sofá hacia ella. Extendió la mano derecha.

–¿Lo sellamos con un apretón?

Casi mareada de alivio, Kate dejó la copa a un lado y apoyó la palma en la mano de él. Las estrecharon y luego, con un leve tirón, la acercó a él, murmurando:

–Un apretón y un beso. Eso sellará de verdad el trato.

Después de extender el brazo hacia ella para dejar la copa junto a la suya, la tomó en los brazos y le capturó la boca con un beso ardiente.

Desde luego que lo selló. No le importó si estaba flotando o mareada... no mientras él encendiera ese fuego en sus entrañas con el beso que le daba.

Cuando apartó la boca de ella, Kate se encontró tumbada en el sofá con Hawk tendido a su lado, o prácticamente encima de ella.

Ni recordaba haberse movido para llegar a esa posición. Aunque tampoco importaba.

La respuesta estaba delante. Lo único que importaba era que se hallaba con Hawk, segura y a salvo en sus brazos.

–Ha sido un buen cierre de trato –murmuró él próximo a su oreja y provocándole deliciosos escalofríos–. Pero quizá deberíamos repetirlo... sólo para cerciorarnos.

No le dejó tiempo para responder. Ella tampoco lo necesitó. Los labios

de Kate se separaron, listos y ansiosos para el contacto de su boca.

Un segundo más tarde, sonó un bip apagado. Rompiendo el beso, Hawk alzó la vista y la miró ceñudo.

–¿Ha sido tu teléfono móvil o imagino cosas?

Con un suspiró, Kate apoyó las palmas de sus manos sobre el pecho de él.

–Sí, por favor, deja que me levante.

Hawk gimió.

–¿No podemos olvidarlo? –no obstante, se movió hasta bajar al suelo.

Pasando por encima, ella buscó en el bolso, que había soltado distraída al entrar. Al encontrarlo sobre una silla justo en la entrada, sacó el móvil, convencida de quién llamaba antes de mirar siquiera la pantalla.

No se equivocaba. Repitiendo con suavidad el gemido de Hawk, regresó hasta donde él yacía en el suelo, en ese momento con las manos detrás de la cabeza.

–No me lo digas –comentó–. El cielo se desploma y con toda celeridad debemos ir a contárselo al rey.

Pasando al siguiente mensaje que antes había recibido de Jeff, le entregó el aparato a él. Hawk fue pasando el mensaje de texto mientras bufaba, pero antes de que pudiera hablar,

ella le quitó el aparato y pasó al mensaje que acababa de recibir, luego se lo devolvió otra vez.

Antes de leerlo, él se sentó con las piernas cruzadas. Sin dejar de mover la cabeza, fue leyendo el texto. Luego la miró y comentó con ironía:

–Este payaso tiene una canción con una única frase, ¿verdad?

–Sí –suspiró Kate–. Siempre ha sido así. Desde luego, no es Cyrano. Se parece más a Cara Cortada. ¿Entiendes ahora por qué estoy preparada para irme de la ciudad?

–Sí, pero, ¿no puede ocuparse del asunto ese abogado que has contratado?

–Hawk, ya has leído los mensajes de texto. Si Jeff tiene los amigos poderosos que afirma tener y estoy segura de que así es, realmente no creo que pase más de dos horas encerrado en una celda, si llega a eso.

Él sonrió.

–Escucha, Kate, no te muestres tan abatida y deprimida. Acabamos de sellar una especie de contrato. Podemos estar en Colorado en una semana.

–A todo el mundo le parecerá terriblemente rápido –intentó sonreír y le agradó que funcionara. Hawk era muy tranquilizador–. Mañana hablaré con Vic en el trabajo. Le explicaré la situación.

–No, no lo harás –dijo con tono decidido.

Ella parpadeó.

–¿Por qué no?

–Vamos a presentar esto como algo verdadero –explicó con el mismo tono–. Ya sabes, amor a primera vista, perder la cabeza, toda la parafernalia. Tenemos una atracción física que resulta manifiesta y está a nuestro favor. Estoy seguro de que podemos proyectar la imagen de un amor no tan joven ya.

–Disculpa –dijo ella indignada–. Habla de ti cuando se trate de edad.

Hawk sonrió.

–Ya sabes a qué me refiero. Ninguno de los dos volverá a ver los veinticinco. Diablos, yo ya no veré los treinta.

Relajada, Kate asintió.

–Supongo que tienes razón. Será la mejor manera de encararlo. Así como yo quiero que la noticia de nuestro matrimonio le llegue a Jeff, y lo hará, la posibilidad de que también le llegue la verdad es muy elevada aunque sólo se la cuente a Vic.

–Lo sé –él asintió–. Vic se lo contará a Lisa y quién sabe hasta dónde llegará la información a partir de ahí.

–Es verdad –convino Kate–. Desde luego, no querría que Jeff se presentara en tu rancho.

–Ahh... Kate, eso no debe preocuparte. Desde luego no le tengo miedo. Además, soy un excelente tirador tanto con rifle como con pistola. Tengo un capataz y un ayudante casi tan buenos como yo con un arma. A eso añádele que tengo un perro muy grande que puede abatir a un lobo... o a un hombre si es necesario.

Kate lo miró con cautela, insegura de si se burlaba o no de ella.

–Tú no... –no concluyó; no fue necesario. De algún modo, supo que, si llegaba el caso, sí lo haría.

–¿Le dispararía a un hombre? –preguntó por ella–. Lo hice estando en las fuerzas aéreas. No me gustó. Era él o yo. El miserable vivió.

Kate pudo aceptar esa respuesta. Asintió.

–De acuerdo, lo haremos a tu manera. Sencillamente, cuando en cuatro o seis meses vuelva a Las Vegas, contaré que las cosas no funcionaron... si es que decido volver –antes de poder siquiera alzar una mano, bostezó.

–La pasión se ha desvanecido, ¿verdad? –parecía y sonaba decepcionado, pero su sonrisa mostraba comprensión.

–Eso me temo –reconoció ella–. Estoy muy cansada. El estrés, supongo.

–Me lo imagino, después de que ese miserable te hostigara y

atemorizara –se puso de pie–. Muy bien, ahora me marcho. Te veré mañana en el restaurante. Deberíamos estar juntos cuando representemos este acto ante Vic. ¿Te parece bien, Kate?

–Sí, Hawk, me parece bien.

Fue a la puerta seguido de ella. Una vez allí se volvió y la miró a los ojos.

–¿Un beso? –preguntó. Ella alzó la cabeza y él le dio un beso cálido, gentil y tranquilizador–. Duerme bien, Kate.

–Tú también, Hawk.

***

«Claro», pensó él. Tendría algo de suerte si lograba dormir un poco. ¿En qué acababa de comprometerse? ¿Matrimonio? Sí, lo había pensado para algún día, con la mujer adecuada. Pero nunca había conocido a esa mujer.

Entregó el coche a un empleado del hotel, aceptó el recibo y entró en el casino.

Como tenía la seguridad de que no iba a dormir bien, decidió pasar un rato jugando al póquer. En menos de una hora, y con la pérdida de un par de billetes de cien, se retiró de la mesa y subió a su habitación.

De pie ante el ventanal que daba a la ajetreada calle, bebió un trago de la cerveza que había sacado del minibar y se dedicó a contemplar su futuro, al menos el de los próximos cuatro a seis meses.

Desde el día siguiente por la tarde, tendría que desempeñar el papel de un hombre locamente enamorado de Kate Muldoon. Sonrió. Supo que eso no le resultaría demasiado arduo. Kate era una mujer preciosa, de trato agradable, compañía cómoda y fantástica en la cama. La verdad era que se trataba de una mujer maravillosa a la que hacerle el amor.

Amor.

¿Era posible que un hombre acostumbrado a estar solo encontrara el verdadero amor... si es que existía algo así? Y, si encontrara a dicha mujer, ¿estaría dispuesta a pasar casi toda su vida con él entre unas montañas perdidas de los ojos de Dios?

Suspiró, preguntándose si Kate llegaría a durar siquiera cuatro meses.

En ese punto en el tiempo, se hallaba firmemente atrapado entre la expectación y una sensación extraña de algo a lo que no era capaz de ponerle nombre.

Esbozó una sonrisa irónica. Como mínimo, la presencia de Kate en el rancho desanimaría a Brenda, la hija de su capataz, Jack, de las intenciones, fueran las que fueren, que tenía hacia él.

Capítulo Nueve

Menos mal que Hawk le advirtió de que el trayecto sería traqueteado después de que dejaran la carretera principal. Su furgoneta era grande y había sido cómoda hasta que se metió en el camino privado.

–Ya casi hemos llegado a casa –le dijo, sonriendo mientras no apartaba la vista de ese simulacro de camino–. ¿Estás bien? –era evidente que había notado la fuerza con la que se sujetaba al asa que había encima de la ventanilla.

–Estoy bien –repuso Kate–. O lo estaré en cuanto lleguemos y pueda volver a moverme.

–Queda poco –se arriesgó a echarle un rápido vistazo–. Imagino que estás cansada.

–Un poco –respondió irónicamente–. Ha sido un día muy ajetreado.

Él rió.

–Yo diría que una semana.

–Sí –pasaron por un bache y el trasero de Kate se elevó del asiento y aterrizó con una dolorosa sacudida para su espalda.

El día después de que Hawk aceptara la idea del matrimonio, se había presentado en el restaurante momentos después de que ella llegara a trabajar. Juntos habían ido en busca de Vic. Sabían que había que convencerlo de que se habían enamorado nada más conocerse, lo cual no sería fácil, ya que Vic era un hombre astuto y perceptivo.

Aceptando hablar a solas, mientras los conducía a su pequeño despacho los miró con una curiosidad rayana en la suspicacia.

–¿Qué sucede? –preguntó sin rodeos.

Pasando el brazo por la cintura de Kate, Hawk comenzó.

–Te voy a robar a tu encargada, Vic.

Con la suspicacia plenamente alerta, Vic los miró de uno en uno.

–¿Qué quieres decir exactamente con que me vas a robar a Kate? –clavó la vista en ella–. ¿Quieres el día libre para pasarlo en compañía del guerrero? –indicó a Hawk con un gesto de la cabeza.

Acercándola aún más a él, Hawk contestó por ella.

–No, Vic, no quiere el día libre. Kate va a marcharse para pasar el resto de su vida conmigo en el rancho.

–¿Qué demonios? –exclamó Vic con una expresión entre aturdida e incrédula–. ¿De qué me estás hablando, Hawk? ¿Se trata de alguna broma?

–Me conoces lo suficiente como para saber que no es así –repuso Hawk–. No bromearía acerca de algo tan serio. Amo a Kate, voy a casarme con ella lo antes posible y me gustaría que fueras mi padrino.

Con una expresión que oscilaba entre el júbilo y la confusión, Vic miró a Kate.

–¿Habla en serio? No, puedo ver que va en serio. ¿Qué me dices de ti, Kate?

–Voy muy en serio, Vic –musitó con voz suave pero firme–. Lo amo –miró a Hawk con lo que esperaba algo próximo a la adoración. La verdad era que no le resultaba difícil...

No tuvo tiempo de reflexionar en las cuestiones que surgían para incordiarla. Sin más sondeos, Vic soltó una exclamación de alegría y le arrebató a Kate a Hawk para darle un abrazo fraternal.

–Claro que seré tu padrino, amigo –le comunicó a Hawk.

Éste le extendió la mano derecha.

–Queremos casarnos lo más pronto posible –retiró a Kate con gentileza de los brazos de Vic y la acunó otra vez entre los suyos–. ¿No es verdad, Kate?

–Sí –susurró, bajando los ojos y soltando con facilidad un suspiro suave.

Vic sonreía y se frotaba las manos.

–De acuerdo, tengo una idea.

Sonrió. Vic siempre tenía una idea y por lo general daba en el clavo.

–Continúa –le dijo.

–Estaba seguro de que la tendrías –corroboró Hawk.

Vic miró a Kate.

–¿Pensabas casarte en uno de los hoteles o de las capillas? –Cielos, no –chilló ella. El otro sonrió feliz. –Eso esperaba oír. ¿Os gustaría casaros aquí mismo, en el restaurante, con los clientes como testigos?

–¡Sí! –declararon los dos al unísono.

–Entonces, id a hacer lo que tengáis que hacer –los despidió con una mano–. Yo me ocuparé de todo.

–Pero... –protestó Kate–, ¿no me necesitas en la recepción?

–Nos arreglaremos –volvió a abrazarla–. Id. Estad juntos. Tengo cosas que hacer, gente con quien hablar, la primera es Lisa.

–Oh, eso me recuerda que debo llamarla para pedirle que sea mi dama de honor –explicó Kate.

–También me ocuparé de eso –Vic sonrió–. Va a estar muy entusiasmada. Bien, chicos, perdeos. Volved para la cena.

Se fueron de compras, aunque no juntos. Ellafue en busca de un vestido especial. Él, Kate lo descubrió más tarde, fue en busca de unas alianzas. Se enteró días más tarde cuando Vic le entregó la que debía ponerle a Hawk en el dedo.

Fue una boda hermosa. Entre los empleados y los clientes que quisieron participar, Vic había adornado todo el restaurante con kilómetros de tul blanco y docenas de flores blancas de seda. Todo el mundo había disfrutado, y al terminar, la decoración había quedado tan bien que Vic decidió mantenerla de forma permanente.

Kate sonrió al recordar el día de la boda. Hawk y ella habían dejado la fiesta aún en pleno apogeo justo a tiempo de subir al avión que los llevaría a Colorado.

***

En ese momento, más allá de la extenuación, se sintió aliviada cuando Hawk introdujo la furgoneta en una superficie más suave y regular antes de detenerse delante de una casa grande con un porche profundo que recorría todo su ancho.

Puso el freno de mano, suspiró y se volvió para sonreírle a ella.

–Estoy que me caigo, Kate. ¿Y tú?

–Igual –suspiró como él–. ¿Por qué hay luces en la casa? –preguntó ceñuda–. Espero que no tengas compañía, porque me siento a años luz de ser una buena anfitriona esta noche.

–Rara vez tengo compañía, Kate, y jamás sin previo aviso –abrió la puerta de la furgoneta y saltó al suelo–. Me puse en contacto con mi capataz para pedirle que nos encendiera las luces.

–Oh, de acuerdo –abrió su puerta y lo encontró de pie a su lado. Le ofreció la mano para ayudarla y agradecida la aceptó, sabiendo muy bien que no podría bajar con la agilidad que había empleado él. Se sentiría feliz si pudiera caminar erguida después de un trayecto tan bacheado desde el pequeño aeropuerto.

No necesitó hacerlo. Hawk la alzó en vilo y la subió por los escalones del porche. Se detuvo para girar el pomo y empujar la puerta con un pie antes de introducirla en la casa, que sería su hogar durante los próximos cuatro a seis meses.

–Has dejado abiertas las puertas de la furgoneta –dijo ella una vez que tuvo los pies en el suelo.

–Sí, lo sé –le sonrió–. Bienvenida a casa, Kate. Ponte cómoda. Camina un poco para eliminar la rigidez de tus músculos. Explora el lugar mientras yo traigo las maletas.

A Kate le agradó moverse. Se hallaba en un salón grande y cómodamente amueblado, con la atención centrada en un hermoso tapiz indio que abarcaba casi una pared entera. El salón desembocaba en una habitación más pequeña, el comedor, que a su vez daba a un gran comedor de diario en la cocina. Un vestíbulo iba desde el salón hasta lo que calculó que estaban los dormitorios y los cuartos de baño. Se enamoró del lugar a primera vista.

Aún seguía allí de pie admirando el tapiz en la pared cuando Hawk entró portando el equipaje de ambos.

–¿Qué te parece hasta ahora? –él enarcó las cejas y dejó el equipaje en el suelo con un ruido sordo.

–Me gusta –sonrió un poco nerviosa–. De lo que he visto hasta ahora, me gusta mucho.

–Bien –no le devolvió la sonrisa mientras estudiaba su expresión–. Estás nerviosa, ¿verdad?

–Un poco, sí –asintió.

Se acercó a ella y le alzó la cabeza al tiempo que bajaba la suya para rozarle los labios con su boca.

–No tienes por qué estarlo, Kate –afirmó–. No hay prisa para nada, y eso incluye la distribución de las habitaciones. Cualquier cosa que quieras o necesites, dímelo. Haré lo que esté a mi alcance para proporcionártela.

A medida que el nerviosismo y la ansiedad que la habían atenazado la abandonaban, sonrió y expuso los deseos y necesidades presentes.

–Veamos –comenzó, sonriéndole–. Quiero y necesito una ducha, cambiarme de ropa, comida, una copa de vino y diez horas de sueño, no necesariamente en ese orden. De hecho, creo que me gustaría la comida y el vino primero. No, aguarda, primero necesito un baño.

Hawk rió mientras señalaba hacia el vestíbulo.

–El primer dormitorio a la derecha. Es el mío y tiene su propio cuarto de baño. Serviré el vino y veré qué hay en la nevera para comer. Tómate tu tiempo.

–Gracias –antes de ir al pasillo, recogió su maleta de donde él la había dejado caer. Entró en la primera puerta de la derecha.

El dormitorio de Hawk era amplio, lo bastante grande como para tener una cómoda alta llena de cajones, un aparador doble, una pared con armarios empotrados de puertas correderas, un sillón y, en el centro de todo, una cama tamaño *king size*. Observó la cama cubierta con un edredón mullido durante varios segundos, hasta que la necesidad hizo que girara la cabeza.

Con la única intención de lavarse la cara y las manos, miró con

añoranza unos instantes la ducha.

Apenas pudo esperar. Pero primero, con cuidado, sacando de su maleta el maravilloso vestido blanco que había encontrado en una de las boutiques caras del hotel de Hawk, lo extendió y lo depositó con cuidado sobre el respaldo del sillón. Con rapidez se desprendió de los vaqueros, el jersey y la ropa interior y se metió en la ducha. Emitió un prolongado suspiro de placer al sentir el agua fluir por su cuerpo cansado. Fue algo celestial.

Podría haberse quedado bajo el agua una eternidad de no haber sido que empezaba a enfriarse y que Hawk la esperaba.

Después de secarse el cuerpo y el cabello hasta dejarlo apenas húmedo, sacó las braguitas, el camisón y la bata ligera y corta que siempre llevaba en su bolsa de viaje. Extrajo un cepillo y se alisó los bucles lo mejor que pudo. Al salir del dormitorio, decidió que le debía a Hawk dormir allí esa noche y todas las noches, y comprendió que también deseaba hacerlo. Descalza, entró en silencio en la cocina.

Aunque no supo cómo, debió de oírla entrar, porque se volvió con una ceja enarcada al estudiar su bata y el cabello aún húmedo.

–No pude resistirme a tu ducha –le explicó.

Él sonrió, provocándole un calor interior.

–Hueles bien... a jabón o champú.

Ella le devolvió la sonrisa.

–A ambos, creo –inhaló–. Otra cosa huele bien.

–Es lo que mi padre siempre llama comida basura. Estoy calentando sopa y preparando sándwiches de queso a la parrilla.

–Sopa de tomate –inhaló otra vez–. La mejor comida basura del mundo.

Le dedicó una sonrisa rápida.

–Ya está casi lista. Siéntate.

Estuvo a punto de preguntarle si podía ayudarlo en algo cuando vio que la mesa ya estaba puesta para dos, con copas para vino y también para agua.

–Parece que te arreglas muy bien en la cocina –observó, sentándose.

–Llevo aquí solo, con la excepción de algún invitado ocasional, diez años –cruzó a la mesa con dos cuencos con sopa que depositó frente a ella y en el lado opuesto.

–Diez años –repitió ella sorprendida.

–Enseguida aprendí a cocinar y a cuidar de mí mismo –con una sonrisa, se volvió hacia la encimera a recoger dos platos para el almuerzo–. Tengo una anaquel lleno de libros de cocina que uso.

–Libros... libros, maldita sea –hizo una mueca–. Guardé todos mis libros para que los trasladaran con todas las cosas que iban a quedar almacenadas –miró a Hawk y vio que la observaba divertido–. Como dijo Jefferson: «No puedo vivir sin libros» –citó al autor de la Declaración de Independencia–. Y apostaría que la librería más próxima se encuentra en Durango, ¿verdad?

–Lo más probable. Jamás lo comprobé –comentó–. Pero no te preocupes, Kate. Siempre tienes acceso a Amazon. Además, tengo una librería atestada de libros tanto de ficción como de ensayo –sonrió–. Puedes pasarte el invierno acurrucada con un libro en las manos, abrigada y a salvo de los elementos.

–No mientras viva –lo miró indignada–. Jamás fue mi intención tener unas vacaciones aquí. Carezco del temperamento o de la paciencia de holgazanear todo el día mientras otra gente trabaja –respiró hondo y notó que Hawk parecía algo desconcertado por su exabrupto. Bajó la voz–. Lo siento Pero quiero ayudar en lo que pueda. Ser útil, ya sabes. No olvides que me criaron en una granja.

Sonriendo, él alzó las manos en gesto de rendición.

–De acuerdo, si es lo que quieres, te pondré a trabajar. Bueno, ¿ahora quieres negociar un sueldo?

Kate alzó el mentón y su espalda se puso rígida.

–¿Buscas pelea?

Reclinándose en la silla, Hawk soltó una carcajada. Cuando pudo respirar otra vez, bromeó:

–Ahhh, Kate Muldoon McKenna, eres fogosa, ¿verdad?

Ella se ruborizó y sonrió al mismo tiempo. Oír que la llamaba McKenna le provocó un escalofrío. Después de los últimos y alocados días, la realidad finalmente la alcanzaba. No se trataba de un sueño o de una ficción. Era la esposa legal de Hawk McKenna, aunque fuera de manera temporal. Era suya. De un modo peculiar, después de conocerlo durante menos de dos semanas completas, se podía decir que la idea le gustaba.

El fantasma de la sonrisa de él no abandonó sus labios.

–¿Qué pasa por esa mente que jamás descansa?

Kate le devolvió la sonrisa.

–Pensaba en lo extraño que sonaba que me llamaras Kate McKenna –respondió.

–Te acostumbrarás –rió entre dientes–. Lo que oirás después de que te presente a mis hombres será señora McKenna siempre que se dirijan a ti.

–¿Cuánto durará eso? –preguntó, ceñuda–. Preferiría que me llamaran

Kate.

–Oh, con el tiempo lo harán –sonrió–. Pero primero deberán acostumbrarse a ti. Llegar a conocerte.

–En otras palabras, me van a juzgar –no estuvo segura de que la idea le gustara.

Él sonrió otra vez.

–Claro, querrán asegurarse de que eres lo bastante buena para mí.

–¡Lo bastante buena! –se enfadó hasta que captó la sonrisa silenciosa en sus ojos–. Eres un diablo, ¿verdad? Bueno, os mostraré a tus hombres y a ti lo buena que soy.

–Yo ya lo sé –le recordó–. En cuanto a mis hombres, adelante... después de que nos tomemos unos días, tal como dijo mi capataz, para la luna de miel.

Kate puso los ojos en blanco.

Hawk rió.

Juntos recogieron los platos de la cena menos las copas de vino. Una vez que la cocina quedó ordenada, él le preguntó:

–Como tú ya te has dado una ducha, has comido y bebido, ¿estás lista para dormir?

–La ducha, la comida, el vino y la conversación me han dado una segunda vida. Ya no tengo tanto sueño como antes –le extendió su copa–. Me gustaría beber un poco más de vino, meterme en la cama, acomodarme sobre unas almohadas y relajarme mientras termino la copa.

Hawk llenó a medias las copas antes de decir:

–Hay otros dos dormitorios y un cuarto de baño central en el lado izquierdo del vestíbulo, frente a mi dormitorio. ¿Has decidido dónde vas a dormir?

Le dedicó lo que esperó que fuera una sonrisa sexy de invitación.

–Mi neceser está en tu cuarto de baño.

Él le devolvió una sonrisa que le encendió la sangre al tiempo que le hacía hormiguear toda la espalda. Kate tomó su copa. Hawk alzó la de él.

–Tú me guías, Kate. Voy justo detrás de ti.

Ella emprendió la marcha hacia el pasillo.

Él la siguió.

–Y ya que estoy aquí, he de afirmar que tienes un trasero muy tentador.

En represalia, Kate meneó las caderas. Con un silbido bajo, la siguió al dormitorio.

Hawk le ahuecó las almohadas, aguardó hasta que subió a la cama y luego le entregó la copa de vino.

–¿Cómoda? –le preguntó.

–Mucho –se acurrucó sobre las almohadas y se sintió casi perdida en la amplia extensión del lecho–. Oh, Hawk, esto es el cielo.

–Aún no, pero guardo esperanzas –dio la impresión de que con la mirada le acariciaba cada punto delicado del cuerpo.

Kate respiró hondo.

–Cielos –bebió un trago rápido de vino frío con la esperanza de apagar el fuego que la consumía.

–Es lo mismo que pienso yo –giró y dejó la copa en la cómoda–. Voy a darme una ducha. No tardaré mucho.

Encendida, Kate empujó el edredón y la sábana encimera hacia el pie de la cama. Alzó la mano izquierda para beber otro trago de vino, su mirada se posó en la alianza que llevaba puesta. A diferencia de la de Hawk, la que le había elegido a ella estaba cubierta de diamantes pavé.

Era hermosa y la sentía extrañamente idónea en su dedo, como si ese fuera su lugar natural. Siguió bebiendo vino y contemplando la alianza, analizando el significado intrínseco y sagrado que había detrás del intercambio.

Santo cielo, ¿qué había hecho?

Se mordió el labio inferior y sintió el picor de las lágrimas incipientes. En su determinación por alejarse de un hombre desagradable y posiblemente peligroso, había convencido a un buen hombre, un hombre decente y maravilloso de meterse en un matrimonio sin amor. Era muy injusto por su parte. Él merecía algo mejor.

Las lágrimas le anegaron los ojos justo en el momento en que Hawk, con una toalla alrededor de las caderas, entró en la habitación. Se detuvo junto a la cama.

–Lloras –su voz y su expresión reflejaban preocupación–. ¿Te arrepientes de algo?

–No... Sí, pero no es lo que piensas –dijo, moqueando.

En silencio, fue a la cómoda, abrió un cajón pequeño y extrajo un pañuelo blanco inmaculado y un envoltorio de celofán. Se acercó al lado en el que ella se encontraba tumbada, le entregó el pañuelo y dejó el envoltorio en la mesilla.

–Y ahora, ¿de qué va ese «no... sí»? ¿No es lo que pienso que es? –sosteniendo la toalla con una mano, le quitó la copa de las manos trémulas y la dejó en la mesilla, junto al envoltorio.

Sin éxito, ella parpadeó para dispersar las lágrimas y se llevó el pañuelo a la nariz.

–Lo... lo siento. No tenía derecho.

Apartando la toalla húmeda, Hawk se sentó con cuidado en el borde de la cama junto a ella.

–Si he oído bien, has farfullado que no tenías derecho –le quitó el pañuelo de las manos y le secó las lágrimas–. ¿Derecho para qué?

Kate respiró hondo varias veces y respondió con voz trémula:

–No tenía derecho a convencerte de involucrarte en esta farsa –moqueó una vez más–. Lo siento.

–Kate –habló con voz suave y tranquilizadora–. No me convenciste de involucrarme en nada. Si no hubiera querido hacerlo, podrías haberte quedado afónica, que te habría dado una negativa.

–Oh... –volvió a parpadear.

–Sí. Oh –sonrió–. Y ahora, por si no lo has notado, estoy temblando. Y eso se debe a que tengo frío. Hazte a un lado y comparte el calor.

Kate obedeció.

Con la vista la recorrió de la cabeza a la cintura.

–¿Dónde están la sábana y el edredón?

–Yo tenía calor, así que los empujé al fondo –reconoció–. Los recogeré.

–No te muevas –giró para recogerlos con la mano libre y subirlos hasta la barbilla–. ¿Quieres tu copa de vino?

–No, por esta noche he terminado –bajó la vista cuando él alzó el trasero de la cama para quitarse la toalla y arrojarla al suelo.

–Yo también he tenido suficiente –se deslizó en la cama a su lado–. ¿Por qué apartas la vista, Kate? Ya me has visto desnudo con anterioridad.

–Sí, lo sé –admitió en un susurro–. Pero eso fue antes de casarnos.

Un silencio total. Kate empezaba a ponerse nerviosa. De pronto él soltó una carcajada.

–Kate, oh, Kate, es un placer estar contigo –situándose encima de ella, le enmarcó el rostro con las manos grandes y le eliminó los nervios con besos.

Ella no respondió, al menos verbalmente. Pero le devolvió los besos como si en ello le fuera la cordura. Aunque quizá así fuera.

El acto sexual fue incluso más intenso. En esa ocasión alcanzaron juntos la cima. Completamente extenuados, negándose a abandonar la cama de él por cualquier motivo, cuando regresó del cuarto de baño le pasó un brazo por la cintura, apoyó la mejilla en el torso aún húmedo y cerró los ojos.

Hawk introdujo los dedos en los bucles sueltos y la pegó a él.

–Buenas noches, Kate –le dio un beso en el cabello.

Ella suspiró satisfecha.

–Buenas noches, Hawk –cerrando los ojos, de inmediato comenzó a quedarse dormida.

El matrimonio se había consumado. Fue lo último que pensó antes de cerrar los ojos.

Capítulo Diez

Hawk había destinado cuatro días enteros para su luna de miel. No los pasaron todo el tiempo en la cama. Pero sí permanecieron tres de esos días en la casa charlando, leyendo, comiendo, teniendo sexo, un sexo increíble y arrebatador.

El cuarto día salieron al exterior. A diferencia de los días suaves y cálidos de octubre en Las Vegas, en las montañas imperaba un aire fresco por las tardes y las noches eran bastante frías, un precursor del invierno que se acercaba.

Hawk le había mencionado mostrarle sus caballos, al menos algunos. Kate no tenía ni idea de que poseyera tantos. Aunque se suponía que debía saberlo, ya que Vic le había informado de que criaba animales preciosos.

Era un día de otoño glorioso. Hacía un aire fresco penetrante, pero el sol era brillante sobre un cielo azul profundo. Las hojas en los árboles caducos de las montañas habían comenzado a caer, pero la vista seguía siendo espectacular.

Inmersa en la belleza de ese valle entre la cadena montañosa, la sobresaltó que Hawk le tomara la mano y rompiera su meditación.

–Tenemos compañía, Kate –dijo, haciéndola girar medio paso.

En la distancia cercana, vio que dos hombres cabalgaban hacia ellos.

–¿Tus hombres?

–Sí –alzó la mano en un gesto de bienvenida–. Vienen a conocer a la señora, así que por favor mantén tu postura de esposa.

–Por supuesto –repuso entre dolida y furiosa,mirándolo con ojos centelleantes. Él ni se enteró, ya que por debajo del ala del sombrero, tenía la vista clavada en los jinetes.

Antes de ponérselo, le había colocado otro a ella. En ese momento le alegró que lo hiciera, ya que el ala ancha le protegía los ojos del sol deslumbrante.

Los dos jinetes aminoraron hasta ir al paso al acercarse a ellos y se detuvieron a poco menos de un metro delante de ellos. Desmontando, un hombre robusto y de mediana edad fue hacia Hawk con la mano extendida.

–Buenos días, Hawk. Ted y yo hemos venido a conocer a tu esposa. Esperamos no molestar.

–Lo imaginaba –sonrió antes de volverse hacia ella–. Kate, quiero presentarte a mi capataz, Jack, y a Ted, el mejor vaquero del Estado.

Ella sonrió e hizo un gesto de asentimiento hacia ambos hombres.

–Jack, Ted, es un placer conocerlos a ambos –notó que Ted era más joven y alto que Jack y delgado como un látigo.

–Encantado de conocerla, señora –los hombres dijeron al unísono–. Nos preguntábamos cuándo iba a encontrar el jefe a una buena mujer que lo mantuviera a raya –añadió Jack.

Kate rió.

–Hay que mantenerlo con las riendas cortas, ¿verdad? –le sonrió a Hawk.

–Desde luego, señora McKenna –intervino Ted–. Olvida que en la vida hay más cosas que criar caballos.

Kate volvió a reír, comprobando que esos hombres ya le caían bien.

–Muy bien, vosotros dos, cortad la comedia y volved al trabajo –intervino Hawk–. Estaré con vosotros en un rato.

Los dos rieron entre dientes, montaron otra vez en sus monturas y partieron en la dirección de un pastizal donde había un buen grupo de caballos.

–Tómate tu tiempo –dijo Jack por encima del hombro–. Tienes mejores cosas que hacer.

Éste movió la cabeza y Kate sonrió.

–Me gustan tus hombres, Hawk –indicó–. Parecen muy agradables.

–Son buenos hombres –repuso–. Los volverás a ver este sábado. Los hemos invitado a una especie de recepción –ella lo miró sorprendida–. Ted y su mujer, Carol, y Jack y su hija, Brenda, vendrán el sábado por la noche, después de que hayamos finalizado el trabajo del día. Jack lleva divorciado casi siete años. Durante este último tiempo Brenda ha pasado casi todos sus veranos aquí, al menos cinco. Carol es una mujer encantadora. Ted y ella llevan casados dos años –enarcó una ceja–. ¿De acuerdo?

–¿De acuerdo en qué? –inquirió–. ¿En que tengamos una recepción o en que Ted y Carol lleven casados dos años? –de algún modo, logró mantener la cara seria.

Fue el turno de él de mover la cabeza consternado.

–¿Sabes montar a caballo?

–Sí –puso expresión altanera–. Y te diría que bien. Pero primero he de hacerte una pregunta.

–Dispara.

–¿Tienes... eh... todo lo necesario para preparar una fiesta el sábado por la noche?

–La despensa y la nevera están llenas –repuso–. Y hay grandes

cantidades de cerveza, vino y refrescos. ¿Tienes alguna comida predilecta?

–Lo pensaré –sonrió–. Ya estoy lista para cabalgar.

–Bien –le tomó la mano y la guió a los establos–. Ensillemos unas monturas y te ofreceré una breve excursión del lugar antes de ponerme a trabajar con los hombres.

Al caminar al lado de Hawk, tuvo la súbita visión de lo completamente diferente que había sido su estilo de vida desde que se marchara de Las Vegas. Donde antes solía dormir hasta tarde por trabajar por la noche, en ese momento se levantaba antes del amanecer para prepararle el desayuno a él. Al principio la idea no la sedujo demasiado, pero ya disfrutaba cocinando para Hawk, verlo saborear la comida que le había preparado.

A pesar de la luna de miel, Hawk necesitaba dedicarle tiempo a las tareas del rancho y siempre se daba una ducha antes de cenar. Llegaba a la mesa oliendo a crema de afeitar y a pura masculinidad. Antes de que acabara la primera semana, Kate se duchaba con él mientras la comida se hacía a fuego lento.

–Bien, ¿qué te parece?

El sonido de la voz de él la sacó de su ensimismamiento y alzó la vista hacia el caballo que estaba ensillando. Había elegido a una yegua ruana y le informó de que Ted la había bautizado Babycakes. A Kate le encantó la elección y el nombre. Quedó sorprendida al ver el caballo que ensilló para sí mismo. Era el más grande que jamás había visto, aparte de los de tiro.

Mientras trotaban juntos hacia el pastizal, luego se enteró de que era uno de los varios que había en sus tierra, se sintió como una niña en un poni al lado del alto y esbelto animal de él.

Con el sol jugando sobre sus brillantes pelajes, los caballos se veían hermosos, bien cuidados y atendidos.

–¿Siempre te has especializado en caballos?

Hawk sonrió.

–Sí, me enamoré de ellos cuando mi padre me compró mi primer potrillo. Y aquí viene mi segundo amor animal –tirando de las riendas de su montura, saltó al suelo y se volvió cuando un animal grande pasó junto al caballo de Kate y saltó directamente hacia él.

Hawk reía en el suelo. En ese momento Kate pudo ver que el animal que tenía encima era un perro grande. El rabo del animal cortaba el aire de un lado a otro a toda velocidad mientras le lamía cada centímetro de la cara.

–Sí, Boyo, yo también te quiero, pero ahora levántate de encima de mí. Me estás aplastando las costillas.

Para sorpresa de Kate, el perro se incorporó de inmediato, como si

entendiera cada palabra. Hawk acarició el pelaje crespo del perro antes de ponerse de pie. Fue al costado del caballo de ella y le sonrió.

–¿Boyo? –fue lo único que dijo Kate.

–Sí, Boyo –rió–. Es argot irlandés para «chico» –el perro se situó a su lado y Hawk apoyó la mano sobre la cabeza grande del animal–. Es el perro lobo irlandés del que te hablé.

Kate lo miró insegura.

–¿Le molesta la competencia?

Él le sonrió.

–No, o al menos la tolera, y eso incluye a cada persona en la propiedad.

Kate suspiró, y no todo fue fingido.

–Es un alivio, ya que asusta un poco.

–No –Hawk movió la cabeza–. Se entrega a cualquiera dispuesto a acariciarle la cabeza.

–Lo recordaré.

No obstante, se aseguró de no cabalgar muy cerca de Boyo de regreso a los establos. En esa ocasión notó un gran círculo blanco entre el corral y el pastizal.

Miró a Hawk.

–¿Eso que hay ahí es un helipuerto?

–Sí, lo construí por cuestiones de emergencia, en caso de que surgiera una urgencia, ya fuera con una persona o un animal.

–¿El helicóptero es tuyo? –preguntó al desmontar.

–No, contrato un servicio de rescate –explicó, desmontando también–. Pero sé pilotar uno. Llevé un Black Hawk en las fuerzas aéreas y practico de vez en cuando.

Una vez en la casa, Kate descubrió que su recelo con el perro era infundado. Boyo le dio con el largo hocico en la pierna hasta que, con titubeos, bajó la mano y le rascó la cabeza. De inmediato se convirtió en su mejor amigo. Kate se enamoró de ese animal de aspecto feroz.

Dedicó los siguientes días a prepararse para la recepción. Mientras Hawk trabajaba fuera con los hombres, ella preparaba numerosos platos. Algunos los había encontrado en las recetas de él, otros los había aprendido de su madre.

Antes de que llegaran los invitados, el sábado por la noche estaba nerviosa. Hawk entró en la casa y le dio un beso en la boca de camino al cuarto de baño para darse una ducha. Al captar toda su fragancia masculina, se sintió tentada a unirse a él bajo el agua.

Suspiró. Vivir con Hawk era tan agradable... pero no permanente. El contacto físico que compartían en la cama casi cada noche era maravilloso. Sabía que no se estaba enamorando, porque ya había perdido la cabeza por él.

Y sabía que a él le encantaba besarla, hacerle el amor, pero también que era escéptico acerca de la palabra «amor». Simplemente, no creía en el amor romántico, ése que dura para toda la vida. Deseó...

Comprendió que el tiempo pasaba y regresó a la cocina. Hawk estuvo a su lado en un tiempo récord.

–¿Cómo va todo? ¿Te puedo ayudar en algo?

–Bien y no –repuso, removiendo la aromática y deliciosa salsa de barbacoa, una de las recetas de su madre.

–Cielos, eso huele bien y estoy hambriento –la tomó por el mentón para que lo mirara–. Y también famélico –musitó, haciéndole perder el sentido a besos.

Después de unos minutos celestiales, lo apartó.

–He de acabar con esto –dijo, respirando después de finalizar cada palabra–. Echa una mano, amor.

Hawk fingió un escalofrío.

–Oh, Kate, oír que me llamas amor me excita.

–Luego –le sonrió–. Ahora mismo, creo que han llegado nuestros invitados.

–Te lo recordaré –dijo, apartándose de ella.

–Desde luego, espero que lo hagas –rió ante la sonrisa perversa que le dedicó él.

La recepción fue maravillosa. Todo el mundo charló, rió e incluso cantó. Carol le cayó bien de inmediato. Era joven pero madura y con un gran sentido del humor.

Después de Carol, Hawk la llevó junto a Jack para presentarle a su hija. Brenda era una joven bonita que en cuanto Hawk se marchó para ocuparse de otras cosas, le ofreció un apretón de manos que quiso ser demoledor acompañado de una expresión centelleante.

De inmediato ella apretó también hasta que la otra cedió y retiró la mano.

A pesar del hormigueo de dolor en los dedos, recibió la mirada furiosa de la adolescente con gran serenidad.

–Si me disculpas, he de comprobar la comida que hay en el horno.

«Santo cielo», pensó Kate de camino a la cocina. Había algo taimado y petulante en la joven que despertó su alarma mental en el acto. Pero, ¿por qué la había elegido de blanco a ella? La risa suave de Hawk le llegó

desde el otro extremo de la sala.

«Claro». Kate suspiró. Brenda estaba encaprichada con Hawk. No pudo culparla. Hawk representaba todas las cosas de los sueños de las mujeres, pero se hallaba muy lejos de los de la joven.

Pero experimentó una sensación que no le gustó, una advertencia de cosas desagradables, de escenas por llegar.

La fiesta duró hasta bien entrada la noche. Al final, y a regañadientes, se rompió. Kate permaneció junto a Hawk en el porche, agradecida de que su brazo la protegiera del frío, aún hablando con los demás mientras se dirigían a los vehículos.

–Has organizado una velada magnífica –dijo, alabando sus esfuerzos una vez que se marcharon todos–. Gracias.

–De nada, y gracias por el cumplido –poniéndose de puntillas, le dio un beso en el costado de la mandíbula como cincelada en roca–. Ahora puedes ayudarme a recoger todo el desorden.

–Cielos, Kate –se quejó como un crío–. ¿No podemos dejarlo hasta la mañana? Tengo que trabajar, ¿sabes?

Pero se puso a ayudarla, soltando suspiros profundos cada pocos segundos. Cuando terminaron, ella no paraba de reír. Un rato más tarde, cuando se metieron en la cama, ya no reía. Jadeaba con un placer delicioso.

Kate tenía la cena lista para él cuando bajó al día siguiente, con el sol prácticamente oculto. A medida que Hawk se lanzaba sobre los platos como un hombre hambriento, comentaron la recepción de la noche anterior.

–Me gustan tus amigos –le entregó la bandeja de puré de patatas para que se sirviera una segunda vez–. Y en el acto pude ver que son tanto amigos como empleados.

Hawk asintió y tragó antes de responder.

–Lo son –confirmó–. Lo que es bueno, en particular durante los meses de invierno. Nos reunimos a menudo... –sonrió y tomó otro bollo de la cesta del pan–. Si no lo hiciéramos, seguro que todos sufriríamos la ansiedad de estar encerrados.

Kate rió.

–Y pensar que todo este tiempo te consideré un solitario.

–No me molesta la soledad –bebió un sorbo de café–. De hecho, en ocasiones la prefiero.

–¿Como cuando quieres leer?

–Sí, y cuando veo el fútbol.

–Mmmm –ella ladeó la cabeza–. ¿Es tu modo de recordarme que hay un partido esta noche y no quieres que te molesten?

–No, porque no me molestas –se levantó y recogió los platos de ambos, los llevó al fregadero y regresó a la mesa con la cafetera–. ¿Te gusta el fútbol?

–Lo puedo tolerar –admitió–. Pero prefiero leer.

Él se mostró pensativo un momento.

–Puedo ir a ver el partido al dormitorio –ofreció.

Kate negó con la cabeza antes de que terminara.

–Eso no es necesario. Si me enfrasco en la lectura, ni siquiera oigo el televisor, a menos que esté al máximo de volumen.

–No lo estará –le sonrió despacio–. Puedo ver el partido en el salón y tú podrías leer en el dormitorio –sugirió.

Kate rió.

–No, tú ve el partido en la cama. Yo no consigo sentirme cómoda leyendo en la cama.

Él suspiró.

–¿Te sentarás a leer a mi lado si miro el partido en el sofá?

–Lo haré si me rellenas la taza –le recordó que seguía ahí de pie con la cafetera en la mano–. ¿Podemos volver a nuestra charla sobre la recepción ahora que han quedado confirmados los arreglos de los asientos para esta noche? –sonrió.

–Desde luego –le devolvió la sonrisa, derritiéndole todas las entrañas sin saberlo. Luego frunció el ceño–. ¿Tienes algo en la cabeza?

–Bueno... es sobre Brenda.

Hawk gimió.

–¿Qué pasa con ella? ¿Fue grosera contigo? ¿Te insultó de alguna manera?

–No exactamente –buscó las palabras adecuadas–. Intenté entablar una conversación con ella. Pareció, no sé, súbitamente hosca –suspiró–. No se mostró muy amistosa.

Él respiró hondo.

–Te iba a hablar de Brenda. Debería haberlo hecho antes de la fiesta. Es, y lleva cierto tiempo siéndolo, un dolor en el cuello y en algunas otras partes más al sur –se pasó los dedos por el pelo largo, soltándolo de la cinta de cuero–. Hace tiempo que Brenda viene al rancho. Al ser más joven, era una niña muy alegre y activa. Jack y yo le enseñamos a montar –hizo una mueca–. Al llegar el verano pasado después de graduarse en el instituto, era distinta.

–¿En qué sentido?

–Kate, el único modo de describirlo es que empezó a revolotear demasiado a mi alrededor –movió la cabeza–. Comprende que siempre lo había hecho, pero ese verano fue distinto. Al principio pensé que me usaba para practicar sus ardides y ejecutarlos con chicos de su edad. Pero no fue eso. Accidentalmente empezó a rozarme... con los pechos, a tocarme, a abrazarme –sonrió con ironía–. No soy estúpido. Sus actos no eran iguales que cuando era una joven. Se me estaba insinuando. Hablé con Jack al respecto antes de irme a Las Vegas y él me aseguró que se ocuparía del asunto. Parece que la reprimenda que le dio le entró por una oreja y le salió por la otra.

–Y ahora –dijo Kate–, sospecho que Brenda, conquistadora en potencia, está resentida por la mujer que trajiste a casa contigo desde Las Vegas.

Con otro suspiro, Hawk acabó el café y comenzó a recoger la mesa. Kate se levantó para ayudarlo.

–Es lo que creo –confirmó–. Supongo que tendré que hablar con ella, decirle algunas verdades de la casa.

–Ahh, no, Hawk. Yo lo haré en el momento adecuado –supo que no sonrió con dulzura–. Seré gentil pero firme.

El momento adecuado se presentó a la semana siguiente. Kate se hallaba al teléfono. Había recibido una llamada de su padre, la cuarta desde que le había contado que se había casado y trasladado con Hawk al rancho de éste en Colorado. Seguía intentando convencerlo de que se encontraba a salvo y radiante de felicidad.

Nada más colgar el auricular con un suspiro de alivio, el aparato volvió a sonar. Era Vic desde Las Vegas. Después de charlar un rato y preguntarle por Lisa, Bella y todos los demás en el restaurante, le pidió que aguardara un momento mientras iba a buscar a Hawk, quien por fortuna ese día trabajaba en los establos.

Fue a buscarlo casi a la carrera y se detuvo en seco al oír la voz baja y supuestamente sexy de Brenda.

–¿Sabes, Hawk? Sería divertido dar un paseo a caballo cuando termines aquí –dijo, moviéndose de tal modo que el costado de su pecho izquierdo estableciera contacto con el brazo de Hawk mientras éste cepillaba a la yegua Babycakes–. Solos tú yo. ¿No te parece?

–Brenda... –comentó con la voz tensa.

–No lo creo –Kate se adelantó para situarse entre él y la joven–. Vic está al teléfono, Hawk –le anunció, quitándole el cepillo de la mano–. Yo acabaré aquí.

Él frunció el ceño preocupado.

–¿Lisa?

–No, no –Kate movió la cabeza–. No es más que una llamada de amigos.

–Bien –se dirigió hacia la casa.

Kate comenzó a cepillar al animal.

–Pensé que ibas a salir a dar un paseo, Brenda –no dejó de cepillar–. Me temo que ahora vas a tener que hacerlo sola –se movió para dedicarle una mirada de advertencia a la joven–. Y en el futuro... si es que entiendes lo que digo.

Con un bufido casi tan sonoro como el que podía lanzar Babycakes, Brenda se largó de los establos.

Unos minutos después, Hawk sobresaltó a Kate al acercarse a ella en silencio.

–¿Cómo diablos puede un hombre caminar en silencio con esa botas vaqueras? –demandó.

Él sonrió.

–Práctica –bajó la voz–. ¿La conquistadora en potencia se ha ido?

Kate asintió con un suspiro.

–Quiere tu cuerpo.

–¿Y quién no? –bromeó.

Ella puso los ojos en blanco y cambió de tema.

–¿Te dijo algo en particular, Vic?

–No –la miró con ironía–. Dijo que sonabas bien y me soltó sin rodeos que más me valía asegurarme de que siguieras bien.

–¿O qué? –Kate tuvo que reír–. Él está en Las Vegas y nosotros aquí. ¿Qué pensaba hacer al respecto?

–Venir a rescatarte de mí.

–Claro. Veo a Vic de camino a las montañas para rescatarme, dejando a su adorada y embarazada Lisa en casa y sola –moviendo la cabeza en gesto de que los hombres eran bobos, regresó a la casa.

Por suerte, no tuvieron ni un atisbo de Brenda en varias semanas. Kate estaba estableciendo una rutina agradable, tanto dentro como en el exterior de la casa. Empezaba a sentirse de allí, de las montañas, del rancho, de Hawk.

«Una sensación peligrosa», se recordó, ya que ése no era su sitio. Se hallaba allí simplemente por un hombre bueno y amable... que ni siquiera creía en el amor romántico.

Lo había descubierto una noche en que él veía un partido y ella leía un romance histórico. Durante el descanso, después de servir unas copas de vino para ambos, le preguntó qué leía. Sin darle más importancia a la

curiosidad mostrada por él, se lo contó, añadiendo un resumen breve de la historia. Para su sorpresa, él enarcó una ceja escéptica.

–¿Qué? –inquirió ella.

–Ese material... la fantasía, el amor hasta el fin de los tiempos. No creerás en serio en eso, ¿verdad?

Pensó que ya empezaba a hacerlo. Pero en voz alta respondió con tono burlón:

–Podría pasar.

–Mmmm –sin decir otra palabra, él centro su atención en el segundo tiempo del partido.

–¿Tú no crees en el amor? –le preguntó, apartándole la concentración del televisor–. ¿Qué me dices de Vic y de Lisa, de Ted y de Carol? Parecen muy enamorados.

–De acuerdo, sí, sé que están enamorados, pero también tienen sus problemas. Desde luego, no se asemeja nada a eso de comieron perdices y fueron felices para siempre –se encogió de hombros–. Personalmente, jamás he experimentado el sentimiento.

Kate luchó contra la sensación demoledora que le causaron esas palabras. Quiso gritar contra el dolor en su pecho, la sensación de pérdida y de desazón. Pero no lo hizo; simplemente, alzó la cabeza y dijo:

–Es una pena –recogiendo el libro, se alejó–. Me voy a la cama.

Los días volaron. Hubo una ligera nevada a comienzos de noviembre. No duró. El Día de Acción de Gracias se reunieron en la casa de Ted y Carol. Hawk aportó el enorme pavo que tenía en el congelador.

A medida que la estación pasaba del fresco otoñal al frío invernal, Kate trabajó con los caballos hasta que Hawk le enseñó a llevar los libros del rancho y el linaje de los animales en el ordenador.

Dos semanas antes de Navidad, la llevó a Durango. Él fue a comprar comida y suministros para el rancho, dejando que ella se encargara de las compras navideñas. Primero Kate compró regalos para su padre, su madrastra y los hijos de ambos, luego para Vic, Lisa y Bella, haciendo que los enviaran a Virginia y a Las Vegas. Luego buscó lo que consideró que serían regalos adecuados, pero no demasiado personales para Hawk.

Por regla general, las compras navideñas siempre le habían resultado divertidas, pero no ese año. Sencillamente, no era capaz de meterse en el ambiente festivo. Al año siguiente ya no estaría allí... y quién sabe dónde se encontraría. Ni siquiera sabía si había hecho lo correcto al comprar regalos para Hawk. Incluso desconocía si celebraba las navidades.

Miró el reloj y vio que ya casi era la hora de reunirse con él en la

furgoneta. Se dijo que siempre podía devolver los regalos si no los quería. La idea la puso triste.

A la semana siguiente se sintió mucho más contenta acerca de las fiestas cuando Hawk llevó un pino grande hasta el porche para decorarlo.

Cuando un par de días más tarde lo instaló en el salón, incluso se impregnó con más espíritu navideño. Si iba a celebrar sólo unas navidades con Hawk, estaba decidida a aprovecharlas al máximo.

La mañana de Navidad, los dos durmieron hasta tarde. Bueno, la verdad es que no durmieron toda la mañana. Realizaron un buen intercambio de regalos navideños muy íntimos.

Luego, duchados y vestidos, desayunaron juntos en el suelo mientras intercambiaban los regalos navideños.

Había paquetes pequeños con el nombre de Hawk: nuevos guantes de cuero de trabajo, un cinturón entrelazado y una consola de juegos. Fue evidente que quedó sorprendido y complacido con el jersey tejido a mano con los colores del clan Black Watch, importada de Escocia, que Kate había pedido por la red.

En ese mismo instante se quitó la sudadera que había estado usando y la reemplazó por el jersey que ella le había elegido.

Después de que él terminara de abrir los regalos, Hawk deslizó un pequeño montón de presentes en dirección a Kate.

Entusiasmada como una niña, Kate se lanzó sobre los regalos. Desenvolviendo con cuidado cada caja, reveló un delicado brazalete de plata hecho a mano, que de inmediato insistió en que Hawk se lo abrochara. El siguiente regalo era un bono de compra en Amazon.com por una elevada suma que en el acto generó una protesta por su parte. El último paquete tenía la bufanda de cachemira que Hawk había comprado en Las Vegas supuestamente para su hermana. Eso le ganó un beso enorme.

Una mañana, unos días más tarde, Kate había estado ayudando en los establos y al notar que ya casi era la hora de la cena, se dirigió a la casa. Al entrar, en el acto notó que la puerta del dormitorio de Hawk se hallaba abierta. Recordaba con claridad haberla cerrado antes de salir de casa.

Caminando en silencio por el pasillo, entró en la habitación y encontró a Brenda hurgando en los cajones de la cómoda de Hawk y tocando su ropa.

–¿Qué haces aquí, Brenda? –preguntó Kate con suavidad pero voz gélida.

–Yo... yo... –la joven dejó de intentar responder y la miró con ojos

centelleantes–. Él es mío, ¿sabes?

–¿De verdad? –sonrió.

Brenda se encogió ante la expresión fría de Kate, luego soltó colérica:

–Sí, lo es. Es mío. ¿Quién eres tú, aparte de una buscona de Las Vegas que creía haber encontrado a un ranchero rico? –respiraba entrecortadamente–. Pues te lo voy a decir con claridad, zorra, cuando se canse de su nuevo juguete, te echará y yo lo recuperaré.

–Tienes mucho que aprender, jovencita –indicó Kate, obligándose a mantenerse ecuánime–. Hawk es mi marido. Aparte de ser la hija de su amigo, tú no significas nada para él.

–Eso es mentira –gritó Brenda–. Yo estaré aquí mucho después de que a ti te echen.

–Oh, Brenda –Kate suspiró–. Creo que lo que necesitas es una fuerte patada en el trasero que te devuelva algo de sentido común a la cabeza.

–Y yo tengo la bota para dártela –dijo Hawk desde el umbral–. Vete a casa, Brenda, y no vuelvas hasta que hayas aprendido a comportarte de acuerdo con tu edad.

–Malditos seáis los dos –gritó como una niña malcriada con lágrimas cayéndole por la cara mientras salía corriendo de la habitación.

Oyeron el portazo de la entrada.

Hawk respiró hondo de alivio y miró a Kate.

–Gracias. Creo que al final ha captado el mensaje.

–Cuando tú quieras, vaquero –repuso ella–. Y ahora, ¿qué quieres para comer?

Él rió y ella se unió al jolgorio.

Al día siguiente, Jack llevó a Brenda al aeropuerto. La joven regresaba a la casa de su madre.

***

El invierno llegó con fuertes nevadas. La mañana de la nevada más intensa, Hawk encerró a Kate en la casa. No le aconsejó que se quedara dentro, simplemente se lo ordenó. El nombre de Jeff de inmediato surgió en la mente de ella.

–Hawk –el tono agudo de su voz lo frenó en seco mientras iba hacia la puerta de atrás.

–¿Sí? –se volvió, frunciendo el ceño.

–Soy una mujer adulta. No toleraré que nadie me de órdenes, ni tú ni nadie –lo miró desafiante con las manos en las caderas.

Hawk enarcó las cejas.

–Kate, sólo insisto en que permanezcas dentro porque sé lo traicionero

que puede volverse el terreno con este tiempo. Es por tu propia seguridad.

Kate alzó una mano para callarlo.

–Tú ve a trabajar y deja que yo me preocupe por mi propia seguridad – sin aguardar ningún argumento más de él, se marchó por el pasillo en dirección al dormitorio para hacer la cama. Esperaba que él la siguiera. Al ver que no lo hacía, encorvó los hombros derrotada y sintió ganas de llorar.

Maldición, ya no sabía qué esperaba. En ese momento había una grieta entre Hawk y ella, pero sabía que debía seguir adelante. Un trato era un trato. Lo que pasaba era que su trato en ese momento era prácticamente silencioso. Sólo hablaban cuando era necesario. Cansada, salió al exterior para dar vueltas por la nieve impoluta, pero antes dio un portazo.

Hawk la estaba esperando cuando finalmente el frío la impulsó a volver a la casa, mojada y temblorosa.

–¿Te sientes mejor?

Parecía y sonaba cansado.

Kate se sentía mal por actuar como una niña malcriada.

–Lo siento, Hawk, pero no pienso quedarme encerrada en la casa, con o sin nieve.

–Eso puedo entenderlo –comentó con tono impasible–. A mí tampoco me gusta. Pero cuando trabaje a cierta distancia del rancho, ¿aceptarás ceñirte al sendero que los hombres y yo hemos hecho de la parte de atrás de la casa a los establos? Estoy seguro de que Babycakes apreciará tu compañía.

–Sí, aceptaré eso.

–Gracias –empezó a darse la vuelta–. Voy a darme una ducha antes de la cena –volvió a mirarla–. Es decir, si vamos a cenar.

La vergüenza que hacía que se sintiera incómoda se transformó en un destello de furia que la recorrió de los pies a la cabeza.

–Claro que vamos a cenar –afirmó acalorada–. ¿Es que no he preparado la cena desde el primer día que llegué aquí?

–Sí, Kate, lo has hecho –le dedicó media sonrisa–. La cuestión es que me he acostumbrado a entrar en la casa y ser recibido por el delicioso olor de lo que sea que estés cocinando. Hoy no huelo nada.

Complacida por el aprecio de sus esfuerzos culinarios, le sonrió al tiempo que movía la cabeza con exasperación–. Preparé la cena antes... para poder ir a jugar en la nieve. La comida está en la nevera; sólo hay que calentarla. Estará lista para cuando hayas terminado de ducharte.

–Oh... de acuerdo –con sonrisa arrepentida, se retiró al dormitorio.

A partir de ese día, hubo un cambio en Hawk, en la atmósfera siempre

que estaban juntos. Aunque jamás dejó de ser cortés, las risas y las bromas prácticamente desaparecieron, y las sonrisas que exhibía se veían tensas.

Kate no pudo evitar darse cuenta de que la única vez que la tocaba durante el día era manifiestamente de manera accidental. Las noches también eran diferentes. El acto sexual se fue haciendo cada vez más brusco, con una intensidad casi de desesperación, elevándola a cumbres de placer arrebatador que nunca antes había experimentado ni había soñado con experimentar. No obstante, cuando al fin caía de esa devastadora altura, se sentía vacía y sola.

Añorando la fluida camaradería que habían compartido, hizo un gran esfuerzo mental en busca de una explicación razonable que justificara el cambio en él. Pensando que una bocanada de aire fresco le sentaría bien, tomó algunos terrones de azúcar y una manzana y fue a la parte de atrás de la casa para ponerse las botas y la chaqueta gruesa.

Salió y fue por el sendero que en ese momento estaba casi pelado por el súbito cambio de clima de unos días atrás. Entró en los establos y fue al establo de Babycakes. Fue evidente que a la yegua le gustó verla ya que le dio con el hocico en el hombro antes de bajar la cabeza para olisquear el bolsillo de su chaqueta.

–Me conoces demasiado bien, Babycakes.

Riendo, sacó dos terrones de azúcar y se los entregó al ansioso animal. Cuando la yegua terminó con el manjar, alzó la vista y esos enormes ojos castaños miraron directamente en los de Kate como si percibiera su infelicidad y en silencio le preguntara la causa.

A Kate le escocieron los ojos un instante y de repente se puso a llorar. Una vez más la yegua le dio en el hombro con el hocico. Sin nadie más con quien hablar, Kate vació su corazón en su animal temporal.

–Oh, cariño, no sé qué hacer –alzó los brazos y apoyó la cabeza del caballo sobre su hombro–. No tengo a nadie más con quien hablar. No conozco a Carol tan bien y no puedo llamar a Lisa, ya que se inquietaría y eso es lo último que necesita en esta fase del embarazo. Tampoco voy a llamar a mi padre porque le hice creer que soy muy feliz y estoy muy enamorada.

Contuvo un sollozo y, retrocediendo, buscó en el otro bolsillo de la cazadora un pañuelo de papel. Se sonó la nariz.

Babycakes volvió a darle con el hocico como si deseara que continuara con su historia.

Sonriendo y llorando, acarició el largo hocico, tragó saliva y dejó que su desdicha saliera a la superficie.

–Hace semanas que entre nosotros se ha instalado una gran distancia y

lo detesto –las lágrimas fluyeron con libertad–. Me ha dicho que no cree en el amor –un sollozo le atenazó la garganta–. Y hace tiempo me contó que disfruta estando solo. Me temo que empieza a considerarme una especie de intrusión en su vida –durante un momento cerró los ojos y se limpió las mejillas mojadas–. Soy una tonta, Baby –murmuró. La yegua movió la cabeza y provocó una risa en Kate–. Sí, lo soy, una tonta empedernida. Sugerí un trato como respuesta perfecta a mi problema y ahora tengo un problema mayor, mucho mayor. Estoy tan enamorada de Hawk que no soporto la distancia que ha establecido entre nosotros.

Con un último sollozo y caricia al largo hocico de la yegua, sacó la manzana del bolsillo y se la dio al caballo.

–La primavera ya casi ha llegado, Baby. Quiero que vuelva el invierno. Quiero recuperar al Hawk que conocí en Las Vegas –la yegua terminó de masticar la manzana y Kate dio media vuelta–. Quiero, quiero –musitó mientras suspiraba al abandonar el establo–. Y encima le hablo a un caballo. Una completa locura.

Mientras Kate se tornaba más callada y retraída, Hawk se debatía con incertidumbres propias. En las últimas semanas la frialdad en la casa no había tenido nada que ver con el sistema de calefacción y sí con el frío entre Kate y él.

A comienzos de una tarde cálida de abril, entró con su caballo en el establo tras realizar una inspección. Después de refrescarlo y cepillarlo, lo guardó en su cubículo y caminó por el pasillo hasta donde se hallaba Babycakes, la yegua que le había dado a Kate para uso exclusivo de ella durante el tiempo que permaneciera en el rancho. En ese momento, no sólo pensaba en ese animal como en algo exclusivo de ella.

Recogió un cepillo y comenzó a pasárselo. Y sin pensárselo siquiera, se puso a hablar en voz queda con la yegua.

–Estoy metido hasta el fondo, Baby –murmuró, usando el diminutivo que le había dado Kate al animal–. Y me temo que te vas a enfurecer mucho conmigo –el caballo relinchó–. Puede que ahora no lo creas, pero lo entenderás cuando tu ama se haya ido.

La yegua movió su cabeza grande. Por todo lo que sabía, el animal hasta podía estar burlándose de él.

–Es culpa mía que se marche –prosiguió–. Adrede levanté un muro de silencio a nuestro alrededor –el caballo bufó–. Sí, lo sé, es bastante estúpido. Pero a pesar de lo que odio reconocerlo, incluso a ti, empezaba a asustarme. Todo comenzó después de que tuviéramos una tonta discusión acerca de quedarse en el interior de la casa con el mal tiempo. A pesar de

lo gentil que Kate es contigo, no te creerías cómo estalló conmigo por atreverme a darle órdenes.

Durante un momento, sonrió al recordar lo magnífica que se la había visto al desafiarlo. Tuvo otro recuerdo y suspiró.

–Pero fue la noche que me reí del libro que leía, llamándolo fantasía de felicidad inexistente al tiempo que le decía que yo no creía en ese tipo de cosas. Se alejó de mí y desde entonces se ha mantenido ahí, pero fría y distante. Yo mismo podría darme una patada en el trasero. Cuando se marchó, sentí un nudo en las entrañas. Y con cada día se ha hecho más y más prieto.

Apoyó la frente en el pelaje suave del cuello del animal y dejó que el cepillo cayera al suelo.

–Y ahora el tiempo de nuestro trato llega a su fin, Baby. Kate nos va a dejar a los dos –sintió un escalofrío. El animal movió la cabeza–. Sé que no quieres que ella se vaya. Piensas que es tuya. Pues yo tampoco quiero que se marche. La amo. Yo, que jamás he sentido algo profundo o duradero por ninguna mujer, amo a Kate más que a mi propia vida.

Tembló otra vez y sintió un súbito picor en los ojos. Las lágrimas cayeron por su cara. Maldijo. Él jamás había llorado, desde los nueve o diez años no había vuelto a derramar una lágrima. No hizo sonido alguno, pero las lágrimas siguieron cayendo hasta que la yegua movió la cabeza y Hawk notó el punto húmedo en su pelaje.

–Lo siento, muchacha –respiró hondo, se pasó las manos grandes por la cara y se irguió.

–Supongo que no te sobran sugerencias, ¿verdad? Eso imaginaba –salió de la caballeriza y cerró la puerta. La yegua sacó la cabeza y con una risa trémula Hawk le acarició la cara. Los enormes ojos marrones parecían tristes.

–Veré lo que puedo hacer por los dos, cariño –prometió–. Si es necesario, le suplicaré que se quede.

Una tarde a comienzos de abril, Kate salió a tomar el aire al porche y sintió la primera brisa suave de la primavera. Los últimos vestigios de felicidad y satisfacción que había disfrutado hasta hacía poco con Hawk mientras trabajaban, reían y hacían el amor, se disolvieron como los pequeños fragmentos de nieve de la última nevada.

Casi había llegado el momento de marcharse. Sus seis meses se habían consumido. La tristeza creció en ella y las lágrimas le humedecieron los ojos. Amaba la primavera, pero deseaba que regresara el invierno. No quería regresar a Las Vegas o al rancho de su padre. No quería irse, no

soportaba la idea de estar lejos de Hawk para siempre.

Pero la distancia de él, su silencio prácticamente completo durante casi dos meses, eran reveladores. Era el momento de irse, de devolverle a Hawk su vida.

Con las lágrimas corriéndole por la cara, irguió los hombros y entró en la casa. Un trato era un trato. El dolor le retorció el corazón.

Fue al cuarto de baño de Hawk, el que ambos compartían, y se secó las lágrimas, impaciente consigo misma por anhelar renegar del trato pactado.

Todavía no habían pasado los seis meses completos; podía esperar hasta fin de mes. La idea penetró en su cerebro, tentándola a aferrarse a él hasta el último minuto.

Desterró el pensamiento. Quedarse más tiempo sólo haría que las cosas fueran más duras para ambos. Sacó las maletas del armario y comenzó a guardar sus cosas. Durante un momento acarició la hermosa bufanda que Hawk le había regalado por Navidad y las lágrimas cayeron de nuevo.

Las ignoró y continuó hasta haber guardado todas sus pertenencias menos la ropa que llevaba y la que planeaba llevar al día siguiente, cuando Hawk, eso esperaba, se tomara tiempo para llevarla al aeropuerto.

Hawk entró en la casa y frunció el ceño por la falta de las aromáticas fragancias culinarias que solían flotar en el aire. Y reinaba demasiada quietud. No se veía ni oía a Kate por ninguna parte.

Sonrió con dulzura, pensando que probablemente se había tumbado en la cama un rato y se había quedado dormida sin darse cuenta. La sonrisa se tornó triste mientras iba por el pasillo hasta el dormitorio con la intención de aprovechar la oportunidad de unirse a ella en la cama... sin que en su plan entrara la idea de dormir.

La puerta se hallaba entreabierta y las maletas de ella en el suelo a su lado mientras por su cara corrían las lágrimas.

–¿Kate? –llegó hasta ella en tres zancadas–. ¿Qué sucede? ¿Por qué lloras? ¿Y qué hacen tus maletas en el suelo?

Ella respiró hondo y sin alzar la vista, dijo:

–Me marcho, Hawk. Los seis meses ya casi se han cumplido. ¿Me llevarás mañana al aeropuerto, por favor?

–No –tenía el corazón desbocado.

Ella alzó la cabeza con brusquedad y lo miró fijamente.

–Bueno, si estás muy ocupado, quizá Jack o Ted puedan llevarme.

–No –ya casi no podía respirar.

–¿Por qué? –se pasó una mano por los ojos enrojecidos.

No soportaba verla llorar. Apartó el equipaje, la sujetó por los hombros y la acercó a él.

–No quiero que te vayas, Kate –oyó la voz descarnada y no le importó–. Quiero que te quedes aquí conmigo.

–Después de la distancia que ha habido entre nosotros durante dos meses, ¿quieres prolongar mi estancia? –las lágrimas se habían detenido pero los labios le temblaban.

–¡No, maldita sea! –haciendo a un lado la cautela y probablemente su esperanza de felicidad, la miró directamente a los ojos enrojecidos y dijo–: ¿Te casarás conmigo, Kate?

Ella parpadeó varias veces.

–¿Qué estás diciendo? Ya estamos casados.

Él movió la cabeza.

–Quiero decir, ¿te mantendrás casada conmigo? ¿Podemos renovar los votos, esta vez de verdad? –contuvo el aliento–. Kate, te amo tanto. Si me dejas ahora, sobreviviré. Pero no me gustará.

Kate tuvo la audacia de reír... justo antes de tirarse contra él, rodearle el cuello con los brazos y exclamar jubilosa:

–¡Sí, sí, sí! Me quedaré, Hawk, quizá porque tú sobrevivas si me voy... pero no sé si yo lo haré. Te amo –alzó aún más la voz–. Te amo, Hawk Mc-Kenna. Creo que desde nuestro primer beso.